1X1
SANDRO MAURICIO
ESPAÑA ZÚÑIGA
LA FUERZA DEL BOSQUE
CUANDO LA ÚNICA OPCIÓN ES CREER
ITA EDITORIAL

La Fuerza Del Bosque

SANDRO MAURICIO ESPAÑA ZÚÑIGA

La Fuerza Del Bosque

Cuando la única opción es creer

La fuerza del bosque

©Sandro Mauricio España Zúñiga

www.itaeditorial.com

ISBN: 9798467801377

Sello: Independently published
2021
Publicado en Colombia
Páginas: 105

Diseño de portada: ©ITA Editorial
Fotografía de portada y contraportada: ©Geran de Klerk

Aviso legal: Se prohíbe la reproducción total o parcial de la presente obra, restringiendo, además, cualquier compendio, mutilación o transformación de la misma por cualquier medio o procedimiento. Los comentarios descritos en la presente obra, realizados a título personal, no corresponde a pensamientos de la compañía, sino a aseveraciones particulares del autor. Se permite la reproducción parcial, con el debido crédito al autor y a la Editorial

A Dios por todo cuanto me ha concedido.

A mi esposa Viviana por enseñarme el valor de la perseverancia.

A mi hija Sara Isabella, que es mi mayor inspiración.

A mi madre Luz Dary, que es mi apoyo incondicional.
A mis hermanos Wilmer y Cristian por creer siempre en mí.

ÍNDICE

PRÓLOGO9
PROVIDENCIA11
DÍA 1: El COMPROMISO37
DÍA 2: DOBLEGAR EL ORGULLO53
LA INTROSPECCIÓN71
DÍA 3: EL PERDÓN Y EL SACRIFICIO79
EL REENCUENTRO103
LA RECOMPENSA109

PRÓLOGO

Estás a punto de adentrarte en una historia de amor fascinante de final inesperado.

No es una narración colmada de experiencias que puedan suceder en realidad. Más bien es un relato de una belleza extraña, esa que subyace bajo el manto de la fantasía, pero con un sabor intrínseco, porque de repente puedes identificarte con sus personajes.

Es una novela apasionante, descriptiva, que te llevará a explorar tu imaginación a medida que avances en la lectura, consentida, basada en una relación amor-odio que no te dejará indiferente, porque es tan extraña como cotidiana, es tan hermosa como temible. No dejará de sorprenderte, es un descubrir del alma, una invitación a creer cuando todo está perdido.

Escribir siempre fue un sueño que esperé cumplir en algún momento de mi vida, solo debía reunir experiencias, historias, y extraer una esencia para ser representada de la manera más entretenida, dejando un mensaje que pueda servirte como enseñanza ante esos obstáculos que te presenta el simple hecho de existir.

Me considero un hombre con una resiliencia invaluable, de ideas fijas y de expresión seria, pero de espíritu sosegado y jovial, que tiene la autoridad para relatar una historia como la que vas a leer, porque también algo de mí está allí representado.

En estas páginas verás que tus pensamientos y deseos son otra dimensión. Tú verdadero trabajo es visitar esa dimensión y dominarlos, cuidar lo que piensas y lo que ambicionas.

En resumen, es la historia de un matrimonio, como tantos, a punto del declive, pero con almas que aún guardan sensibilidad; seres humanos que deben superar sentimientos oscuros para sobrevivir en un mundo paralelo, que lo único que exige es un reencuentro con la humildad, que les permita despojarse de la banalidad.

Es mi deseo como autor de esta caja de pandora que te deleites con la aventura, porque para mí fue emocionante escribirla; cada experiencia compartida traía consigo una nueva idea que daba forma a esta historia. Al terminar tu lectura, deseo que la influencia del libro sea una verdadera fuerza del bosque.

PROVIDENCIA

Es una morada grande para cuatro personas a las afueras de la ciudad. Un jardín con una imponente fuente, de la cual brota agua cristalina, adorna el frente de la casa y grandes balcones sobresalen en el segundo piso. Por medio de las grandes ventanas se pueden apreciar los amplios dormitorios de invitados y, junto a la hermosa alcoba principal, una habitación que por su decoración se puede entrever que pertenece a una niña. Finalizando el pasillo al interior del segundo piso de la casa, hay unas escaleras semi curvas en madera refinada y brillante que comunican con el estilo colonial del primer piso, donde se pueden apreciar muebles, floreros y lámparas colgantes dignas de la más elegante mansión. Al lado está el espacio para el comedor, donde la señora Carmen sirve una comida cálida a los señores de la casa, en una mesa tan amplia como la casa en que viven. Al extremo del comedor de doce puestos se sienta el señor Daniel, un hombre de tez blanca, alto, robusto, con la cara ancha, unos ojos negros muy grandes, una nariz aguileña y una boca redonda y fina; suele vestir elegante al ser un exitoso empresario. Daniel había perdido a sus padres por enfermedades diferentes hacía unos años, los únicos familiares que le quedaban eran su esposa y su hija. Había cumplido cuarenta años el día anterior, pero ellas pasaron por alto el acontecimiento. En el comedor, tres sillas a su izquierda se sienta su esposa Helena, una mujer de piel morena, estatura promedio y un cabello negro y liso que hace armonía con sus ojos cafés y sus finas y delicadas facciones; además tiene unas piernas largas que le dan un aspecto elegante. Ella procura organizar cuidadosamente el siguiente asiento para que su hija María, de cinco años, pueda cenar cómodamente; mientras tanto la niña la observa con sus grandes ojos negros, herencia de su padre. María tiene la piel morena como la madre y sus dientes tan blancos y bien formados parecen perlas que iluminan toda su cara.

En aquella casa se percibe un ambiente frío que hace contraste con la cena caliente y exquisita servida por la nana.

Daniel, con el ceño fruncido en señal de constante enojo, prueba sus alimentos. Levanta su mirada por momentos y cambia su gesto solo para observar a su hija y sonreírle entre labios, para luego continuar cenando. Su esposa no hace parte de esas miradas, por el contrario, es ignorada por completo, mensaje que es recibido por ella; se siente como una silla más de aquel comedor. El silencio que se vive en aquella comida le da a entender a Carmen que nuevamente los dueños de casa han tenido una fuerte discusión como las que ya estaba acostumbrada a escuchar en los últimos años, pero algo le dice que

esta vez era algo definitivo.

Ya en su alcoba y con su bata de dormir, Helena recuerda lo feliz que estaba cuando contrajo matrimonio diez años atrás. Tenía la misma edad de su novio y futuro esposo; estaba tan hermosa y radiante, su vestido blanco resplandeciente hacía juego con ese hermoso día soleado. Aquellos recuerdos van y vienen; sus ojos tienen un brillo tenue y deja salir un gesto fugaz de felicidad, para luego preguntarse cómo esa relación llena de amor se había convertido en una guerra de enfrentamientos constantes.

Mientras se peina frente a su espejo grande e iluminado, mejor que el que pudiera tener la actriz más famosa, piensa que el verdadero problema de aquel hogar no son las necesidades materiales, pues la carencia no es económica exactamente. La relación es tan distante como todos los espacios de la casa entre sí.

Daniel entra a la alcoba, se ve tenso. Se hace detrás de su esposa y fija su mirada en ella. Helena acaricia su cabello frente al peinador. Luego de un corto silencio Daniel comenta:

—Una vez más demuestras tu inferioridad.

Helena no objeta nada ante las palabras de su esposo, está incómoda y trata de disimularlo mientras se peina. Daniel continúa hablando:

—¿Eres consciente de que en los últimos días cuando vamos a tomar los alimentos te sientas a tres espacios de mi lugar y al lado izquierdo? Como si viviéramos aún en el siglo XIX cuando la mujer no era tomada en cuenta y era un cero a la izquierda de su esposo, ¿qué pretendes con esa actitud?

Helena frunce el ceño, descarga el peine sobre el tocador y aprieta sus manos en una manifestación de rabia, pero continúa en silencio mientras mira al hombre a través del espejo.

Daniel sabe que su discurso no es bien recibido por su esposa, pero exponerlo lo hace sentir fuerte, ganador de una batalla que lleva ya un par de días. Por eso no puede detener el ataque hasta lanzar la frase precisa que hiera a su contrincante.

—Lo peor de tus actos es que estas enseñando a María a ser tan frágil como tú. ¿Acaso quieres que mi hija sea un reflejo tuyo?

Esta vez Helena gira su cuerpo para quedar de frente a su cónyuge, que continúa de pie, y levanta la cabeza para observarlo. Sus ojos ya dejan salir unas lágrimas, tiene muy tensionada la mandíbula, sus manos están empuñadas y, aunque sigue sentada, sus pies están firmes en el suelo, listos a dar un salto de ser necesario.

La rabia que siente hace palidecer su rostro, no está dispuesta a seguir escuchando sin hacer saber su sentir, no comparte nada lo de lo expresado por Daniel. Ahora es el momento para que el dueño de casa

atienda lo que ella tiene que decir.

—Veo que has interpretado el mensaje. Sí, me siento a tu izquierda, lejos de ti, porque ese es el lugar que me has dado. ¿Qué deseas que haga acaso?, ahora tu prioridad son los malditos eventos sociales, sumados a las llamadas privadas, misteriosas, llenas de tanta cordialidad que te dan la paz que ni tu hija ni yo te damos. Eres tan evidente. —Y con la mirada fija en su esposo, como si fuera una espada filosa, añade—: Yo solo recibo tus desplantes, en mí solo ves errores, hace rato que soy un mueble más de esta casa, jamás quisiste ir de vacaciones con nosotras, nuestras salidas solo se limitan a tus estúpidos eventos donde, desde luego, no encajo y jamás encajaré. Soy una infeliz —dice Helena con voz entrecortada mientras seca sus lágrimas.

Daniel deja escapar miradas de odio, las lágrimas de su esposa, en lugar de suavizar la discusión y producir compasión, despiertan más su ira.

—No intentes victimizarte cuando ya ni te acuerdas de mi cumpleaños, a diferencia de la persona que me realiza las llamadas que mencionas, que efectivamente me llenan de paz —dice Daniel, que no detiene su reclamo—. Jamás has creído en mis capacidades, pero aun así vives de mis logros. Nunca he tenido tu apoyo, en este matrimonio solo has pensado en ti, egocéntrica, siempre lo has sido ¿o es que no recuerdas tu competencia desleal? Desestimaste cada idea que presenté para mostrar las tuyas ¿y ahora me incriminas?

Daniel quiere que esa noche Helena conozca su descontento, está convencido de que la mujer debe saber lo que él ha callado por tantos años.

—Reconoce que la relación comenzó a deteriorarse cuando decidimos trabajar para tu padre —agrega—. Eso te dio estatus y poder, mientras que yo, por el contrario, fui rezagado y minimizado. Toda tu familia pensaba que tú eras la genio, la redentora que encontraría la solución a los problemas, la mejor profesional que llevaría la empresa a ser de las más prósperas del país. Al no ser tenido en cuenta, porque no veías en mí las capacidades, decidí irme a la competencia, una empresa de pocos dividendos pero que creyó en mí, apostó por cada idea que aporté y así logramos el éxito y reconocimiento del presente. Para tu desgracia, son esos los frutos que nos permiten disfrutar de todas estas comodidades.

Helena inclina la cabeza, sabe que parte de lo dicho por su esposo es verdad. Ella había sido competitiva hasta con su pareja, ambicionaba el poder que ahora Daniel goza; era consciente de su fracaso como empresaria y de la responsabilidad en esa contundente crisis financiera que atravesó Rafael, su padre. Tres años atrás, luego de

perder la empresa, se sumió en una profunda depresión al no superar el declive económico y murió.

Su esposo había logrado su cometido: herirla, recordarle su culpa. Helena se pregunta cómo llegó al abismo mientras que Daniel triunfa. Sin embargo, cuestionándose logra dilucidar que también él es responsable de su derrota, lo juzga, para ella es un miserable que nunca quiso ayudarla para volver a ocupar un lugar importante en el mundo de los negocios. Pensando en esto le reclama a su pareja:

—¿Por qué jamás me ayudaste luego de que mi padre murió? ¿Por qué, a pesar de que te lo pedí muchas veces, no intercediste por mí en tu emporio para que volviera a sentirme útil? ¿Es que acaso me ves como una amenaza?, ¿o no pudiste perdonar la supuesta competencia que te hice ante mi padre? Siempre encontraste una excusa para que no volviera a trabajar: que María, que ya no necesitabas que trabajara, que ya no era una profesional calificada, entre muchos otros pretextos sin sentido. ¿Crees que no sé que utilizabas tus influencias para que fuera rechazada en cada cargo al que me postulaba? Tú también tienes un egoísmo qué vencer. Pretendías que cayera hasta el fondo donde estoy ahora.

En todos los interrogantes hechos por su esposa y en las palabras por ella dichas estaba la verdad del por qué Daniel la había forzado a ser una mujer laboralmente frustrada, pero no pensaba reconocerlo. Ya tenía una decisión, era tiempo de que Helena la conociera.

—Nuestra relación es insostenible. Este matrimonio es una farsa, no puedo seguir contigo únicamente movido por lo que la sociedad pueda pensar o por amor a nuestra hija, no será la primera ni la última niña hija de padres divorciados. He hablado con mi abogado y le pedí que iniciara el proceso de divorcio.

Daniel observa cómo Helena no se sorprende con la noticia, pero sí nota cómo se entristece más con cada palabra suya.

—Por el dinero para suplir las necesidades tuyas y las de María no te preocupes —continúa diciendo—, te daré una mensualidad y algo extra para que sigas solventado también a tu madre, así que ahora si quieres puedes traerla a vivir a esta casa. Yo estoy dispuesto a marcharme a la otra residencia en Villa Verónica, trataré de visitar a mi hija todos los fines de semana. Me parece un arreglo conveniente.

—¡Tonto! —increpa Helena— Tu hija necesita más de tu amor que de tu dinero. Me pesa todo el tiempo perdido a lo largo de estos años, el sufrimiento que me has ocasionado. Sabía que este momento iba a llegar y no voy a hacer nada para que no suceda. Que sea lo que ha de ser.

Luego de oír a Helena, Daniel asintió con la cabeza confirmando las

palabras de la mujer. Tenía una petición más que realizar.

—Quiero que me acompañes mañana en la noche a firmar una concesión que la empresa tenía con tu padre Rafael. Cuando se enteró de que estaba en quiebra y, además, sentía cerca la muerte, decidió hacerme una llamada para pedir que le permitiera hacer una pequeña inversión, de la cual hay un dinero que está ganando buenos dividendos. Las ganancias o el total del dinero solo pueden ser retirados con tu autorización y están cedidas a ti en caso de muerte del titular, como es el caso. Ahora que no vamos a tener más que una relación limitada a nuestra hija, quiero devolverte ese capital, por si quieres darle otro uso.

Se había borrado cualquier sentimiento de odio en Helena, ahora estaba invadida de tristeza, no solo por ver acabado su matrimonio, sino por la noticia del noble gesto que su padre había tenido con ella. "¿Cómo puede ser esto posible? ¿Tanto me amaba mi padre?", piensa. Enjugando sus lágrimas, recuerda a Rafael y todo lo que había padecido con el cobro de sus acreedores, que no lo dejaron en paz ni en su lecho de muerte; aun así, decide no pedir de vuelta su dinero y prefiere dejarlo para que su hija algún día lo utilice.

En medio de su llanto y con un rostro enternecedor, Helena le confirma a Daniel que lo va a acompañar a cumplir esta diligencia, pero que debe llevar a María; Carmen había solicitado un permiso para ir donde una tía que se encuentra en delicado estado de salud y, además, vive en un pequeño pueblo que está a seis horas de la ciudad, así que esta visita le tomará, mínimo, dos días, por lo que no tendrá una persona de confianza para encomendar el cuidado de su hija.

—De acuerdo —responde Daniel a la solicitud de Helena y agrega—: Mañana paso por ustedes a las 5:00 p. m., ahora debo irme, no me siento bien. Todo ha quedado claro, no pienso pasar la noche en esta casa y prefiero dormir en un hotel.

Helena asiente y vuelve a darle la espalda a su esposo. En ese momento solo anhela meterse en su cama y llorar para reducir la pena que la embargaba.

Daniel sale de la alcoba, no sin antes quitarse la argolla de matrimonio y colocarla sobre la mesa de noche de su esposa. Un poco consternado, inquieto por su futuro, camina hacia la habitación de su hija, la cual duerme, le da un beso en la frente, sale de la casa y se sube al automóvil que lo llevará al hotel reservado. Lo sucedido había sido planeado ya por Daniel, por ello sabía que iba a pasar la noche fuera de casa. A pesar de su previsión, está intranquilo por lo conversado con su esposa, esto se combina con un desánimo, pues también le afecta el divorcio y la idea de alejarse de su hija. Mientras conduce su auto desea con todo el corazón que lo vivido en esos años

hubiese sido diferente. Por su mente cruza la imagen de una linda familia, se ve besando a su esposa y jugando junto a su hija en un hermoso jardín. Sin saber la fuerza que pudiera tener aquel pensamiento, continúa su camino al hotel.

Ahora que la casa estaba más vacía, un ambiente de melancolía y soledad la envolvía. Se percibía una profunda desolación que la misma Carmen consideraba como suya.

Carmen es una mujer solitaria de cincuenta años, solo tiene como familia cercana a aquella tía que visitará muy pronto. Lleva cinco años al servicio de la familia Dante, fue contratada por Daniel Dante al nacer María, así que conoce algunos secretos de la familia y está enterada de sus problemas. Es feliz con su labor, pero al estar tan cerca de los señores terminó por encariñarse con ellos y empezó a tomarse los problemas de la familia como propios. Siente un amor incondicional por María, un cariño maternal por Helena y un agradecimiento profundo por Daniel. Los Dante también la consideran como un miembro más de la familia, por ende, es inevitable sentirse afectada por la crisis marital por la que atraviesan los esposos.

Esa noche Carmen se dirigió a la alcoba de la señora de la casa y con la confianza que le habían permitido tocó a la puerta.

—Entra, está abierto —responde Helena con voz cansada.

Carmen ingresa, contempla a Helena con la dulzura con la que un recién nacido observa a su madre, camina hacia ella y colocándole una mano en la cabeza le pregunta.

—¿Señora, permitirá el divorcio?

Helena levanta su mirada y con un gesto de derrota confirma con la cabeza al interrogante.

—¿Y si la vida le otorgara otra oportunidad? —pregunta de nuevo Carmen, un poco ansiosa.

—Creo que esta vez no hay marcha atrás —contesta Helena.

—Tal vez si lo desea con todo su ser las cosas pueden solucionarse —musita Carmen con voz dulce mientras se sienta en la cama, al lado de Helena.

Helena vuelve a mirar a Carmen y le responde:

—No basta con mi deseo, ambas partes deben querer lo mismo y aquí hay una lucha de orgullos, creo que de verdad es tarde, mañana tendremos un encuentro a las 5:00 p. m. que iniciará el proceso de divorcio.

Carmen de nuevo acaricia la cabeza de Helena, se coloca de pie con intención de retirarse y le asegura:

—En todos estos años si algo he aprendido es que nunca es tarde

mientras haya vida.

—Y, según tú, ¿qué debo hacer? —Helena le refuta un poco exaltada —. ¿Sabes?, antes de irse tiró su argolla de matrimonio como si fuese un objeto sin ningún valor, esa acción solo tiene un significado: no le importa nada esta relación. ¿Yo, en cambio, debo arrodillarme y pedirle que renuncie a su propósito?

—No —responde Carmen y extiende la conversación—. Hay que reconocer nuestros errores, enseñarle al otro el arte de perdonar, pero antes hay que empezar por perdonarse. La vida en pareja no es fácil, pero sí posible; intente hablar con él, reconozca que se equivocó, esto permitirá que el señor también identifique sus fallas. Luego imagine que todo estará bien y el destino se encargará del resto. El universo puede escucharla y cambiar el rumbo, hará todo para que ustedes se unan de nuevo, pero solo si ambos se permiten un cambio y se lo piden. En cuanto a las argollas, consérvelas, señora, un anillo tiene un gran significado, es el mayor de los símbolos. Una argolla no tiene abertura, es un aro, un círculo cerrado, un vínculo que no se puede romper tan fácil.

Aquellas palabras tocan a Helena, pero considera que lo dicho por la nana es imposible. No desea continuar con la charla y prefiere guardar silencio.

Carmen, al notar el desinterés por el tema, solo agrega:

—Espero que pueda descansar. Yo mañana salgo de viaje a primera hora, todo lo de María queda organizado. Gracias por el permiso que me concedió, que tenga buena noche.

Helena, en medio de su desconsuelo y con la mirada perdida, le expresa a Carmen:

—Valoro lo que haces por mí y por la niña, espero que tu tía se recupere pronto. Buenas noches y buen viaje.

Carmen se retira a su alcoba mientras que Helena piensa sobre lo dicho de su nana. “Es una tontería si todo se solucionara con solo desearlo. En cuanto a la relación ya nos hemos dicho lo suficiente”, piensa. Aun así, esas palabras calaban su mente, hasta el punto que imagina, al igual que lo hizo unos minutos atrás su esposo en otro lugar de la ciudad, una relación diferente, sin orgullo, llena de amor, solidaridad y perseverancia. Luego vuelve a la realidad, toma la argolla de su esposo y la une con la suya. Inconscientemente las guarda en el abrigo que utilizará al día siguiente e intenta conciliar el sueño, sabe que la jornada sucesiva va a ser más difícil; su esposo se marchará definitivamente de la casa y deberá tener fuerzas para afrontarlo.

Tras una larga noche en la que Helena había podido dormir solo un

par de horas, comienza a mostrarse el sol. El ruido de algunos autos a lo lejos y el cantar de unas aves contrastan con el nuevo amanecer. Por su pensamiento pasa cada conversación sostenida el día anterior. Un poco desganada se coloca de pie y observa por la ventana a Carmen mientras se marcha con una maleta ligera.

Carmen, por su parte, sale un poco apurada de la casa. Se le nota intranquila, desesperada por llegar a su destino; es importante para ella hablar con su tía antes de que sus patrones se encuentren. Según lo manifestado por Helena, se verán a las 5:00 p. m. y, aunque sabe que tiene tiempo, le preocupa algún percance que pueda retrasar su llegada, por ello apresura un poco más sus pasos y toma el transporte que la llevará a Santa Ana, el pueblo de su familiar. Deja atrás la casa de los Dante, siempre con la mirada hacia el frente.

El viaje no presentó percances, hacia el mediodía Carmen estaba ya en su destino. Al bajarse del transporte camina en dirección a la casa de Magdalena, su tía, una mujer veinte años mayor que ella, pero con la misma nobleza de su sobrina.

Carmen seguía sintiéndose ansiosa, no encuentra tranquilidad hasta que está frente a la puerta de la morada de su tía. Antes de tocar la puerta, Magdalena abre y abraza inmediatamente a su sobrina.

—Pasa, tengo té caliente —dice Magdalena.

La sobrina atiende la invitación y sigue hacia el interior de la casa. Mientras ingresa su corazón se llena de los sentimientos más puros. Puede distinguir cómo, contrario a lo que pasa en la residencia de los Dante, la vivienda de Magdalena le ofrece paz y una sensación de gozo que hacía mucho tiempo no experimentaba. Estar con su tía es muy tranquilizante, no entiende cómo esa pequeña casa tan acogedora, llena de retratos y objetos que ya no se ven en otros lugares, como planchas de carbón, teléfonos antiguos, lámparas de bronce y una vitrola que reproduce canciones de antaño, puede originar tanta armonía.

—Entonces has mentido para venir a verme— reclama Magdalena—. ¿Por qué has dicho que estoy enferma?, ¿qué te ha traído con tanta urgencia?, ¿acaso te has dado cuenta de algo de lo que deba enterarme?

—No, tía —contesta Carmen un poco preocupada y agrega—: Mi visita tiene que ver con Daniel, Helena y María. El matrimonio va muy mal, necesito de tu ayuda.

Magdalena mira sorprendida a su sobrina y responde:

—¿Sabes el peligro de lo que me vas a pedir?, ¿es que ya se te olvidó que tus padres jamás regresaron de ese lugar y que pudiste volver porque yo te salvé? Tú eras una niña de diez años, por eso recuerdas

esa experiencia. No entiendo cómo permitimos a una niña acceder a tanto poder y, más aún, confiarle un secreto tan grande. —La mirada de Magdalena está fija en una fotografía de los padres de Carmen, su gestualidad permite dilucidar que trae recuerdos constantes a su mente—. Fue muy difícil llegar hasta el lugar dónde estabas —continúa—, y aunque ese sitio te regocijara por ser un paraíso, ni tu padre ni tu madre ni yo vivimos esa misma experiencia, Alicia, tu madre, se dio por vencida desde el principio, me dolió verla perderse, porque la amaba como a una hermana. En la travesía, y última prueba, perdí a tu padre, ¡cuánto agradezco su ayuda! Fue muy desconsolador dejar partir a mi hermano, pero Leonardo, en un momento que debía decidirse entre él y yo, decidió sacrificarse, sin preguntarme, dándome la posibilidad de volver.

—Jamás debí colocar nuestros nombres allí, ¿verdad? —susurra Carmen perturbada por las palabras de su tía y luego la abraza—. Si no hubiera escrito sobre esa piedra, tal vez ellos aún estarían aquí. Pero, al igual que María, sufría al verlos discutir, solo quería una familia estable: mis padres, Alicia y Leonardo, tú, Magdalena, que siempre has sido como mi segunda madre, y yo. Realmente no imaginaba la magnitud del poder que tenía la piedra.

Las dos mujeres se ven conmovidas por el recuerdo. Carmen se separa de su tía, se sienta en uno de los antiguos muebles y continúa:

—Creí que era una historia más de la abuela y, aunque insistía en que la piedra debía ser usada para exponer el alma a un fuego del que pudiera salir como la más linda pieza de oro, siempre pensé que todo aquello era producto de su imaginación y que no pasaba de ser una metáfora, hasta el momento en que me dejó observar la piedra y el lugar donde la guardaba. Me sentí atraída por aquella roca, tenía una magia y proyectaba tanta tranquilidad; verla es mágico, tía, es sentir la paz que ningún ser humano, a excepción de los que hemos visto el mineral, puede vivir.

»Cuando la abuela murió, abracé fuerte a mi acongojado padre, que se encontraba en el balcón de la casa lamentando la pérdida de su mamá. En ese momento una corriente de aire sopló fuerte sobre la casa, Ese viento frío, pero a la vez abrasador, llevaba la última voluntad de la abuela, porque entre su silbido al pasar escuché su voz diciendo “tú eres la única que me ha creído, la piedra es tuya, construye historia”. Nunca más volví a sentir una manifestación de la abuela. Corrí hacia el sitio donde estaba la piedra y noté que tenía unos nombres escritos con grafito, en ese momento supe que no era una historia de fantasía y que la piedra debía seguir guardada con recelo.

—¿Por qué escribiste nuestros nombres allí, si sabías de las historias

que la abuela Concepción contaba? —pregunta Magdalena, asustada por lo que acaba de escuchar— ¿Hija, sabes por qué nos condenaste?, ¿y por qué yo?, nada tenía que ver con los problemas de tus padres. Te amo porque eres como mi hija, me hice cargo de ti en su ausencia y no es momento de juzgar tus actos, pero necesito respuestas.

Carmen que, jamás quiso tocar el tema, baja sus ojos hacia el piso ante la mirada inquisitiva de Magdalena, sabe que debe una explicación y el momento que tanto había evitado llegó.

—Tía, era una niña —dice Carmen mientras mueve sus manos con nerviosismo y luego prosigue—. Tú sabes que amaba a mi padre como a nadie, sentía miedo de perderlo y ese temor se hubiera hecho realidad si la relación con mamá no mejoraba. Cansada del conflicto y deseando que mis padres no se separaran, tomé la piedra y, al igual que posiblemente lo hicieron las otras personas que estaban inscritas allí, con un lápiz escribí nuestros nombres. Te amo, en tu rostro veo a mi padre, es un amor absoluto, necesitaba tenerte cerca; no sabía si íbamos a volver o si te quedarías sola, entonces me pregunté por qué no morir o vivir todos, y tomé la decisión de sumar tu nombre a la lista.

Magdalena escucha a su sobrina con atención, se ve acongojada. Oírla le hace revivir, recordar, y no puede evitar el llanto y la melancolía que eso le produce. Por su parte, a Carmen se le hace más difícil hablar, siente un nudo en la garganta que la ahoga. Su voz se quiebra, pero necesita terminar el relato.

—Ese día, encerrada en mi habitación, terminé de escribir nuestros nombres —refiere Carmen cada vez más consternada. Su mirada continúa dirigida al suelo, pero debe terminar de explicarle a su tía, es una deuda de muchos años, por eso sigue relatando aquel recuerdo—. Al levantar el lápiz, la piedra se iluminó de pronto, la luz era cegadora, tanto que la oculté en el viejo baúl. Estaba asustada con lo que observaba, me preocupaba que alguien se pudiera percatar. Cerré la tapa y no supe cuánto tiempo continuó proyectando esos rayos de luz; quería esperar unos minutos para saber qué había pasado con la piedra, pero escuché tus gritos y los de mamá a lo lejos en el campo, así que salí de la casa aterrorizada. Recordé que habían salido por agua y corrí siguiendo sus gritos, que efectivamente me llevaron a la rivera, al llegar vi cómo aquel riachuelo se había convertido en un verdadero torrente enfurecido que quería llevarse lo que encontrara a su paso. No entendía de dónde había salido tanta agua si no había lluvias que pudieran provocarlo, por el contrario, el día estaba soleado. Mi mayor sorpresa fue ver a mi padre sujetando el viejo árbol, luchando para que el agua no lo arrastrara, y a ti junto con mi madre intentando improvisar una cadena humana para salvarlo.

Al llegar a este punto, Carmen se queda en silencio, como tratando de recuperarse para entrar a lo más sombrío de su narración. Magdalena se siente desfallecer, recordar ese día es como clavar una estaca en su pecho, pero necesita seguir escuchando, es la única forma de aclarar lo sucedido antes y después de los eventos que cambiaron para siempre sus vidas. Después de un momento Carmen logra recobrar el aliento y continúa.

—Al observar el riesgo en el que estaban, me quedé paralizada; el cuerpo no respondía mis órdenes, solo pensaba en cómo mágicamente los había condenado al escribir nuestros nombres en la piedra, entendía que los perdería. De repente te vi sujetada de una raíz a la orilla del arroyo, y después a mi mamá tomándote por la mano libre e intentando alcanzar a mi papá. Una alegría inundó mi corazón cuando logró agarrar su brazo y arrastrarlo hasta casi llegar a tierra firme, pero… —Carmen vuelve a derrumbarse, el recuerdo se hace más amargo y llorando exclama—: ¡Tu punto de apoyo se desprendió y con él las tres personas que amaba! Cayeron al agua y lo último que pude ver fue a mi padre tratando ahora de salvarlas mientras el agua los hundía como si los reclamara. La furia de la naturaleza se llevaba a mi madre y ella me miraba con la tristeza de quien se tiene que marchar, pero no desea dejar atrás lo que quiere. Por fin logré gritar de dolor y, sin pensarlo, como un impulso instintivo me lancé al agua y perdí el conocimiento. No sabes cómo lo siento, perdóname por lo que te hice vivir, Magdalena.

Cuando Carmen termina de hablar no puede parar de llorar. Quiere el perdón de Magdalena. Su lamento es de desahogo, siente que acaba de descargar un gran peso que la había acompañado por muchos años. Quiere que su tía sepa que, al igual que ellos, padeció, y jamás hubiera querido que pasaran por esa horrible experiencia.

Esta vez es Magdalena quien se lanza a los brazos de su sobrina y muy quebrantada por su narración, le grita:

—¡Claro que te perdono, mi amor!, claro que te perdono…

El reloj en Santa Ana marca las 4:30 p. m., la tarde se torna fría y nublada. Un ambiente fúnebre cubre aquel pueblo, al igual que a la ciudad principal donde residen los Dante. Las dos mujeres, un poco más tranquilas, comparten una bebida caliente.

—Que tenue está el día —afirmó Carmen.

—Las tardes como hoy me dan mal presagio —respondió Magdalena, quien, observando con detenimiento a su sobrina, le inquiere—: ¿Estás segura de querer hacerlo?, ¿quieres actuar otra vez de juez y parte en el problema de los señores?, ¿no crees que puedes condenarlos?

—Ellos ya están condenados con sus actitudes —responde Carmen

con seguridad—, ahora necesitan ser pasados por fuego.

Magdalena se estremece con la respuesta y le impugna.

—¿Acaso te crees dueña de sus vidas para decidir si necesitan estas pruebas o no?, ¿te has puesto a pensar en la niña?

—María es precisamente la que me da valor para continuar con esto —dice Carmen con firmeza—, ella es quien más sufre ahora. Tú y yo sabemos que la niña va a estar bien adonde van, no sentirá la ausencia de sus padres, vivirá en gozo si es que no regresa, pero sus padres sí que necesitan ir a la guerra y darse cuenta de que el enemigo no es la persona con la que decidieron compartir sus vidas. Esta vez quiero hacerlo bien, sin culpas, sin arrepentimientos, estoy preparada para asumir lo que pueda suceder, porque sé cuánto requieren ir. Ahora necesito apresurarme, es casi la hora.

Magdalena, un poco temerosa, toma a Carmen de la mano, la conduce hasta su habitación, se acerca a su antiguo ropero y extrae un viejo baúl donde Carmen alguna vez había guardado la piedra, y, cumpliendo con la promesa de devolverla a su dueña original cuando sintiera que tenía la suficiente madurez para cargar con esta responsabilidad, le entrega la caja.

—Allí está, ahora es tuya una vez más. Júrame que todo saldrá bien —le exige Magdalena.

Carmen toma el baúl y al abrirlo observa la roca. Está intacta, se ve igual a como la había visto la primera vez y experimenta la misma tranquilidad de cuando su abuela se la enseñó. En ese momento mira su reloj: 4:50 p. m. Saca un lápiz de su bolso y, mirando a los ojos de su tía, expresa:

—Te lo juro, todo va a salir bien.

En otro punto, a kilómetros de Carmen y Magdalena, está Daniel; luce muy pensativo por la ruptura matrimonial, no ha tenido un buen día, ha llegado tarde al trabajo y ha cometido un par de errores por su desconcentración. Se empieza a reflejar en su ámbito laboral su problema personal. Conduce hacia las afueras de la ciudad, está cerca de la casa, ya necesita de las luces del auto para poder ver el camino, la niebla espesa envuelve la urbe y la sensación térmica es muy baja. Toma su móvil, llama a Helena, que de inmediato responde; le confirma que se ha adelantado diez minutos a la hora pactada inicialmente y que está próximo a llegar, que le puede esperar en la puerta para salir de inmediato a cumplir con la diligencia.

El día de Helena tampoco ha sido el mejor, llora por momentos, piensa en cómo será su vida en adelante. Trata de consolarse con las llamadas que hace a su progenitora. Ha estado más pendiente de María, la ve como la única motivación para seguir viviendo, por eso

ha tirado un frasco de pastillas que pensó en tomarse y ha pedido a domicilio comida solo para su hija, no tiene apetito. Luego de pasar parte del día en la cama al lado de María, que juega entretenida con una pequeña muñeca, se levanta como puede, organiza a su hija y se viste; es la primera vez que no se maquilla ni se demora horas al espejo haciendo su mejor peinado, solo se recoge el cabello con una pinza. Su teléfono suena, no quiere contestar, pero al ver que es Daniel toma la llamada, al otro lado de la línea le confirma que ya está cerca, apresurada abriga a su hija y camina rápidamente a la puerta.

Daniel ya está parqueando, Helena toma su abrigo y luego de cerrar la casa corre con su hija al auto, no quiere un resfriado para la niña, pues hace mucho frío. Su esposo abre la puerta para permitir el ingreso, una vez en el carro cierra las puertas y se pone en marcha.

El hombre observa a Helena y a su hija por el espejo retrovisor, la mujer ha preferido ir con María en el asiento trasero.

—¿Cómo estás, princesa? —le pregunta Daniel a su hija.

María, con una sonrisa, le contesta que está bien. Lejos de ser una niña distraída, ella se da cuenta de la discusión de sus padres; aun con la edad que tiene, entiende que papá ha decidido marcharse de su lado, así que seguido le manifiesta:

—Te extrañé, papi, no quiero que te vayas. Te amo.

Daniel mira con ternura a su hija, sus palabras lo traspasan, se siente miserable, egoísta, pero considera que no puede continuar con su relación. Debe decirle a la niña de manera sutil que la decisión está tomada.

—Yo también te amo, mi amor. Hay cosas que hacen los grandes que no entenderías, pero te aseguro que un día comprenderás. Ten en cuenta que, aunque me vaya de la casa, siempre voy a estar contigo, no te abandonaré, te llamaré seguido y cuando nos veamos jugaremos mucho, iremos al cine, al parque y a los juegos que te gustan.

—¿Me lo juras, papi? —pregunta la niña entristecida mientras le lanza un beso con la mano a su padre.

—Claro que sí, mi vida —responde Daniel.

—¿Puedes, por favor, disminuir la velocidad? —Helena irrumpe en la conversación. El único saludo del día entre la pareja se ha dado por teléfono minutos antes, la relación es tensa.

Daniel observa el tacómetro del carro que indica noventa kilómetros por hora. La niebla es cada vez más densa y, aunque el reloj marca las 4:57 p. m. la luz del vehículo es insuficiente; se le complica un poco ver el camino, pero no quiere darle la razón a su esposa.

—¿Ahora vas a decirme cómo conducir? —increpa Daniel y aclara—:

Pienso que llevo una velocidad adecuada, vamos en una recta y lo permitido son cien kilómetros por hora.

En la radio suena “Ya no te espero” de Silvio Rodríguez, Daniel sube el volumen de la melodía como invitando a Helena a escucharla; la letra de la canción, en opinión de un revolucionario, puede expresar la esperanza de ser libres, pero para la visión de una esposa que está a punto de perder su matrimonio, significa algo totalmente diferente: parece como una dedicatoria de lo cansado que se siente Daniel de esperar un cambio que no llegó por parte de Helena.

La mujer comprende el mensaje y piensa que, de alguna forma, también está cansada de esperar un cambio de su esposo, que, además, empieza a desesperarla con sus actitudes.

—Estás mal de la cabeza. ¿Es que acaso nos quieres matar? La niebla es espesa, es imposible ver el camino —reclama Helena.

Daniel voltea enfurecido hacia su esposa para continuar la discusión, pero es interrumpido por un grito ensordecedor de Helena.

—¡Cuidado!

Su esposo voltea para ver el camino; la niebla no le había permitido observar un vehículo que iba adelante, con la velocidad que lleva está a punto de chocarle. Manda el pie para llevar el freno a fondo, mientras desesperadamente gira todo el volante hacia el lado izquierdo para esquivar su obstáculo. Este movimiento es una combinación tan venenosa como el alcohol y las benzodiazepinas.

En Santa Ana el reloj marca las 4:58 p. m. Carmen sostiene en su mano la piedra e inicia a escribir en ella con mano firme el nombre de Daniel.

—¿Estás segura, hija? —pregunta Magdalena mientras observa con nerviosismo.

—Completamente, tía. Tú solo ruega porque todo salga bien —contesta Carmen muy concentrada en la escritura.

Le toma dos minutos a la mujer grabar los nombres en la piedra. Al terminar, Carmen, con una sonrisa de devoción, se la enseña a su tía.

Un fuerte grito de Magdalena exclamando un prolongado “¡No!” se escucha por toda la casa. La piedra produce ese fuerte destello descrito anteriormente por Carmen, quien ahora cae al suelo inconsciente, mientras que en carretera Daniel pierde el control del automóvil, dando varios botes.

La luz de la roca es enceguecedora y Magdalena se ve obligada a cubrir sus ojos. Todo es muy confuso, los segundos se hacen eternos para la mujer, quien quiere prestar ayuda a su sobrina, pero la luminosidad que la envuelve no le permite ver. Sus pupilas no tienen la capacidad para adaptarse a tanto brillo, solo se limita a mover el

cuerpo de Carmen y gritarle que despierte. De repente, los rayos provocados por el mineral se van apagando. Magdalena, en medio del desespero, puede auxiliar a su sobrina, que yace tendida en el suelo; sin embargo, no obtiene respuesta de ella. Por un momento piensa que lo visto es una mala pasada de su imaginación, pero descubre que la visión es lúcida, en la piedra todavía destellante se podía leer una nueva inscripción: “Daniel, Helena, María, Carmen”.

Magdalena llora amargamente sobre el cuerpo de Carmen, que respira con dificultad; sus signos vitales son débiles.

—¿Por qué lo hiciste?, ¿por qué tu nombre?, ¿era necesario que también fueras? —preguntaba Magdalena en medio de lamentos.

Un escalofrío recorre su cuerpo, una sensación extraña. Su mente comienza a aclararse y encuentra la respuesta a los interrogantes que acababa de hacer.

—Sí, amor, mi hija amada, sí. Tenías que ir, por eso estabas tan segura de que todo iría bien, necesitabas asegurarte de ello. Con la fuerza que me queda cuidaré de ti mientras regresas, estaré a tu lado esperando con ansias a que vuelvas —afirma Magdalena, resignada, en medio de sollozos pertenecientes a una sensible despedida.

Los curiosos comienzan a llegar al sitio en el que se produjo un estrepitoso accidente. Se oyen voces que indagan si los cuerpos al interior del destruido automóvil volcado a orilla de la carretera, del cual sale algo de humo, aún siguen con vida. La niebla y el gris de aquel anochecer no permiten observar al interior del vehículo. Sirenas retumban y las luces de los carros de emergencia se reflejan en la oscura y húmeda carretera; la ayuda se aproxima.

Paramédicos bajan corriendo de una ambulancia y, a su vez, bomberos con gran esfuerzo tratan de extraer los cuerpos atrapados entre los retorcidos mentales del carro.

—¡¿Pueden escucharme?! —grita uno de los paramédicos, pero no hay respuesta.

Al interior del carro, Daniel no da signos de estar con vida. Por el contrario, Helena logra tener un momento de lucidez, abre sus ojos y alcanza a divisar a María, que se encuentra amarrada al cinturón a unos centímetros de distancia. Siente un fuerte dolor de cabeza, está muy débil, pero con esfuerzo toma la mano de su desvanecida hija y la lleva hasta su mejilla para tratar de saber si sigue con vida; la temperatura del cuerpo de la niña le dice que sí. Una lagrima que lleva todo el amor por su bebe se desprende y recorre su rostro hasta perderse sutilmente en la pequeña mano de María. La observa desprotegida, no tiene alientos para salvarla, solo la mira de manera enternecida mientras graba en su memoria la bella imagen del rostro

de su pequeña. Siente que el aliento se le escapa poco a poco y vuelve a perder el conocimiento.

Gracias al trabajo de los bomberos, el paramédico tiene acceso a los cuerpos y agitado, buscando a sus compañeros entre las luces débiles que iluminan el rescate, exclama:

—¡Dios, aún siguen con vida!, pero las pulsaciones son débiles.

DÍA 1:
El COMPROMISO

Las aves revolotean entre los altos y tupidos árboles de pino, su cantar se recoge en el subconsciente de unas personas dormidas encima de los pecíolos ásperos. El sol ilumina el nuevo amanecer de un gran bosque, el suelo está cubierto del rezago seco que deja caer el árbol de pino haciendo árida la tierra y el cielo, que está despejado, permite observar un azul profundo. Un rayo de sol logra filtrarse entre la sombra que dan los árboles y va directo a la cara de Daniel como si quisiera reanimarlo. El hombre lentamente va despertando, abre sus ojos y observa la espesura de la naturaleza, esquiva la luz que lo despertó y se repone; está confundido con el panorama, es como si lo vivido no hubiese pasado nunca.

—¿Es acaso esto una broma? —dice mientras se pregunta cómo llegó allí.

En medio de su desconcierto, se levanta, mira a su alrededor y su sorpresa es mayor al ver en el suelo a Helena, quien todavía duerme. Corre hacia ella; piensa que está muerta, por eso la toma bruscamente entre sus brazos, quiere saber si aún vive. El movimiento rudo de su esposo hace que Helena despierte. Abre los ojos y se encuentra con el rostro de Daniel.

—¿Qué haces? —reclama.

—Compruebo que estés bien —responde el hombre.

La mujer se suelta de los brazos del esposo y se reincorpora. Al igual que Daniel, no sabe lo que está sucediendo, ¿cómo es posible que despierte, de un fatal accidente, en un bosque?

—¿Dónde estamos?, ¿a qué lugar me has traído? —cuestiona afanada.

Daniel la mira con sorpresa, pues esa situación también es nueva para él.

—¿Qué te pasa? —refuta y en seguida agrega—: Al igual que tú, acabé de despertar en este lugar, no sé dónde estamos ni tampoco lo que sucede.

Helena está asustada, su último recuerdo fue ver a su hija dormida dentro de la retorcida estructura del carro. Con un inmenso desespero corre hacia su esposo y con los puños le pega en el pecho a la vez que grita:

—¡¿Dónde está mi hija?! ¿Qué has hecho con ella? ¡Devuélveme a mi pequeña!

Las piernas le tiemblan, no puede mantenerse de pie del terror que experimenta al no encontrar a María, por ello se sienta entre la reseca tierra cubierta por las hojas.

Su esposo siente un vacío en el estómago, percibe el mismo temor y desconcierto que su esposa, pero se llena de valor y la llama a la calma.

—Estoy tan desorientado como tú, desconozco el paradero de mi hija, no sé dónde estamos ni cómo llegamos aquí. Debemos tener serenidad para poder entender todo esto.

—No es posible que estén jugando con nosotros ¿verdad?, dime que recuerdas —dice Helena a su esposo con una expresión de pánico

El hombre inicia su relato.

—Conducía, había mucha niebla —empieza a relatar Daniel—. María y tú viajaban en el asiento trasero, discutimos, me desconcentré y un automóvil apareció entre la niebla en frente, traté de frenar y evitar el choque, pero perdí el control. No recuerdo nada más, solo que luego desperté aquí. ¿Vivimos lo mismo? —pregunta a su esposa.

—Sí. —Helena le responde, pero no halla una respuesta lógica a lo que está viviendo. La incertidumbre es más fuerte y no pude evitar el llanto—. Debemos encontrar el auto, tal vez salimos expulsados durante el accidente y María aún está dentro —dice muy angustiada, a la vez que se cuestionaba si la última imagen de María fue un sueño y es una respuesta de su conciencia para dar claridad a la situación.

—Busquemos un camino hacia la carretera —pide Daniel.

Su esposa se levanta y acepta iniciar la búsqueda. A pesar de que es confuso, los dos saben que estuvieron en ese accidente y que su hija puede continuar en el auto. Con temor por lo desconocido, intentan ubicar el camino.

—Tenemos que salir de este techo de árboles, localizar un horizonte que permita orientarnos. Sígueme de cerca —indica Daniel.

Con una roca en su mano comienza a marcar los árboles a su paso, pues debe cerciorarse de no caminar en círculos y seguir una ruta. Decide ir hacia el oriente, donde está el sol, esto le permite calcular la hora con la posición del astro. Helena lo sigue.

Luego de caminar durante tres horas sin encontrar explicación a lo que están experimentando, observan una claridad al final, entre los árboles de pino. Apresuran su paso para visualizar lo que hay después. Encuentran una pendiente que deben bajar con cuidado, desde el sitio en el que están logran admirar casi todo el bosque, que ahora ha dejado de ser solo pinos para convertirse en una vegetación con árboles y prados, donde se pueden ver variedad de aves e insectos que revoletean.

A lo lejos observan una colina sobre la que resalta la fachada de una cabaña. No hay rastros de una carretera ni de más civilización, solo el gran trayecto para llegar hasta la colina se extiende ante sus ojos.

Se miran fijamente, algo raro sucede. Aunque el día es caluroso, no sienten sed, tampoco hambre, pero sí cansancio de la caminata. Lo único que pretenden es encontrar a su hija y buscar el camino a casa.

No han contemplado la idea de ir hasta la colina, a pesar de que era la única vivienda en todo el bosque.

—Decidamos una nueva ruta —sugiere Daniel.

Helena está perpleja con el paisaje que ve. La acompaña el deseo de encontrar a María y se cuestiona sobre la dirección que deben tomar.

Repentinamente la mujer es invadida por una sensación extraña, como si la colina emitiera una fuerza de atracción que le indica que ese es el camino a tomar.

—Vamos hacia la colina, tengo un presentimiento de que nuestra hija está allí —propone sin titubear.

—¿Estás loca? —refuta Daniel—. No te das cuenta de lo difícil y lo amplio del terreno, llegar allí nos tomará, por lo menos, tres días. Además, no sabemos el camino ni lo que encontraremos en él.

Su esposa, convencida de que la corazonada es real, insiste en ir hacia la colina. Está dispuesta a seguir esa ruta en compañía de su esposo o sin él; ya han hablado de divorcio y lo único que siente propio es su hija, nada más le interesa.

—Daniel, voy a ir hasta ese lugar. Tú y yo no tenemos nada más de qué hablar, quiero recuperar a María y lo voy a hacer con o sin tu ayuda, ya no pienso seguir dependiendo de ti —manifiesta Helena.

El hombre se ofusca, realmente piensa que la idea de Helena es una pérdida de tiempo, pero se considera responsable de protegerla, así los lazos ya estén rotos. Se acerca a ella, la toma por los brazos y le habla en un tono fuerte.

—Por favor, no vamos a ese lugar. ¿Y si la niña no está allí? o si morimos, ¿qué será de ella? Encontremos la forma de salir del bosque, consigamos ayuda y regresemos a la colina si es lo que quieres, no puedo dejarte sola, ¿entiendes?

Helena no está dispuesta a obedecerlo o a seguirlo, quiere tomar sus propias decisiones. De forma ruda se suelta de Daniel y le responde contundentemente.

—No voy a seguirte, iré a la colina. Si quieres, sigue tu rumbo, no te necesito, si me sucede algo, es mi responsabilidad, no la tuya. Ve por tu camino.

Su esposo al escuchar duda si en verdad va a seguirla, reflexiona

sobre la decisión de la mujer. “Lo quiere de esa forma, siempre ha sido egoísta, no quiero hundirme con ella”, piensa.

Toma distancia de Helena, como haciendo entender que efectivamente buscará otra dirección. Ella lo observa, no pronuncia palabra, sabe que el momento de despedirse llegó, desconoce si es para siempre o si habrá un reencuentro. Espera a que su esposo se despida y es lo que enseguida sucede.

—Muy bien, es lo que quieres —habla Daniel y suspira. Sabe que tal vez es el adiós definitivo, con voz entrecortada continua—. Uno de los dos debe sobrevivir a esta situación, creo que seguirte es un error, voy a buscar el camino a casa, encontraré ayuda y volveré a buscarlas. Lo siento, Helena, por el bien de nuestra hija debemos separarnos aquí.

Aunque Helena es consciente de que la decisión de Daniel es una de las opciones, le cae como un balde de agua fría. No lo demuestra, pero está temerosa, se debe enfrentar sola a un desafío quizás por un falso presentimiento, pero sigue dispuesta a hacerlo. Una vez más el orgullo gana la batalla.

—Te comprendo, Daniel. Vamos, anda, se nos hace tarde para continuar nuestras travesías —dice Helena y con un adiós contundente gira para empezar a caminar.

Su esposo no la detiene, ni siquiera responde al adiós, también voltea su cuerpo y levanta su pie derecho para iniciar su trayecto. Sin embargo, antes de que Daniel apoye su pisada se oye una voz.

—Detente.

Ambos escuchan, giran intrigados de saber quién les está hablando y, al mirar hacia al lado, observan a una mujer. Están impresionados de lo que encuentran.

—¿Cómo es posible? —cuestiona Daniel.

La mujer se acerca lentamente y la pareja se limita a ver el rostro de la nueva acompañante, tratando de confirmar lo que ven. Cuando está cerca de ellos, Helena pregunta, queriendo salir del asombro.

—Carmen, ¿cómo es posible que estés aquí?

Pero todo se torna más confuso cuando ella responde.

—No soy Carmen, mi nombre es Concepción.

Helena, que conoce la historia de Carmen, detalla en la mejilla izquierda de la extraña un lunar, e inmediatamente recuerda que en alguna ocasión la nana le comentó que su abuela se llamaba Concepción y que había fallecido cuando ella aún era una niña. Además, le mostró una foto sepia de su abuela, a quien decía querer mucho; en ese retrato se podía ver el gran parecido entre las mujeres, que solo se diferenciaban por un lunar en la mejilla, que Concepción

tenía y Carmen no.

Al rememorar esto, Helena siente terror. El parecido físico de esa mujer con Carmen, el nombre, el extraño lugar en el que están, sus recuerdos confusos del accidente y la desaparición de su hija la lleva a deducir que está frente a la abuela de su nana. El rostro de Helena se torna pálido y casi no puede hablar del temor que vivencia. “Pero si esto es cierto, Daniel y yo estamos muertos. Nuestra hija aún vive y por eso no la encontramos” piensa.

De inmediato corre hacia su esposo, quien continúa estupefacto, lo toma de la mano y le susurra:

—Creo que morimos en el accidente.

Al oírla Daniel también empalidece espeluznado. No entiende lo que sucede, un escalofrío recorre su cuerpo. La emoción es tan fuerte que no puede ni hablar, solo responde apretando la mano de su esposa. Helena, por su parte, toma valor e interroga a Concepción.

—¿Eres la abuela de Carmen? ¿No sobrevivimos al accidente?

Concepción sonríe. Por alguna razón Helena deduce una parte de lo que está sucediendo, pero es trabajo de la otra mujer terminar de aclarar el contexto. La anciana mira a la pareja, puede percibir el miedo que los invade.

—Escuchen muy bien lo que les voy a decir y no hablen hasta que haya terminado —les pide Concepción.

La pareja, con una mirada expresiva, asiente, afirmando a la solicitud de la mujer. Ella continúa:

—Sé quiénes son ustedes, el por qué están aquí y lo que deben hacer para regresar a casa. —Helena y Daniel, que no desean otra cosa que seguir escuchando a su interlocutora, prestan atención—. Eres muy lista, Helena. Entiendo tus preguntas, gracias a tu estrecha relación con Carmen has descubierto quién soy, no te equivocas en ello —afirma Concepción.

Deben poner al tanto a Daniel, pues no termina de comprender lo que sucede. Además, es necesario que Concepción continúe dilucidando a los esposos para cumplir con parte de su misión, así que sigue relatando.

—Sí, están frente a la abuela de Carmen. Dejé el mundo terrenal hace años, me siento tranquila donde estoy ahora, pero, después de muchas súplicas en el más allá, me han dejado venir a terminar algo inconcluso y, de paso, a darles un mensaje: ustedes aún no mueren, pero caminan la delgada línea que divide la vida de la muerte; no pasarla depende de los dos, por eso no pueden tomar caminos distintos. La extraña atracción que sientes, Helena, es real, en esa colina está María, quien, al igual que ustedes, está en el límite entre

morir o volver a la vida, de ello los dos serán responsables. Llegar hasta allá y reencontrarse con su hija les permitirá volver, de no lograrlo, enfrentarán al libro del juicio, que sentenciará sus destinos.

La pareja no puede creer lo que está oyendo. Es como estar en una pesadilla de la que necesitan despertar pronto. Todavía tomados de la mano se miran, no hace falta hablar, comprenden que se necesitan para salir de allí.

—Como entenderán, en este lugar no se tiene hambre ni sed —sigue aclarando Concepción, quien aún no termina su discurso—, porque esas necesidades son para el cuerpo físico, no para el espíritu. Ya llevan caminando varias horas, no obstante, el día termina y no han necesitado ni comer ni beber. Lo que sí existe en el bosque es sufrimiento, miedo, tristeza y cansancio, que podrán contrarrestar con fe, esperanza y alegría. Esas emociones existen aquí como en el mundo de los vivos. Está presente el día y la noche, la luz y la sombra, porque el espíritu se cansa y debe reposar; es la única forma de fortalecerlo para continuar. Cada uno será el cimiento del otro, no podrán separarse, aunque haya conflicto, o perderán a su hija para siempre y, con ella, la oportunidad de retornar. Ese es su compromiso, está en cada cual no desanimarse para encontrar a María, sumirse en un abrazo con ella es el pasaporte para volver. Es todo lo que tenía por decirles, debo irme.

Helena y Daniel sienten tranquilidad luego de escuchar a la mujer. Saber, finalmente, dónde están y encontrar respuestas calma la agonía que sienten. Se muestran resignados, conocer el paradero de su hija les da serenidad para pensar. Concepción los llevó a la realidad, ahora son conscientes de que no están soñando y de que, para regresar, tienen que seguir las instrucciones.

—Dime por qué te eligieron para transmitir el mensaje, independientemente de que seas la abuela de Carmen, nosotros no te conocimos —indaga Daniel antes de que Concepción se marche.

—Alguien que significa mucho para ustedes y para mí hizo un gran sacrificio por todos. Por amor a esa persona pedí ser la elegida para guiarlos, pronto sabrán quién es —aclara la anciana.

Helena voltea a ver a su esposo, quien corresponde la mirada, tienen gestos de preocupación por su futuro. Helena tiene unas preguntas más para hacerle a Concepción, pero en cuanto devuelven la vista hacia ella, se percatan de que ha desaparecido de la misma manera como llegó.

Está cayendo la noche en el bosque, Helena, en medio de una incertidumbre que es compartida por Daniel, le interroga:

—¿Qué haremos ahora?

El hombre es sensato y sabe que debe hacer lo dicho por Concepción si desea recuperar a su hija y devolver la confianza a su esposa.

—Descansemos en este punto del bosque —responde—. En poco tiempo habrá oscuridad, no es bueno seguir el camino en esas condiciones, debemos esperar el amanecer, ir por María y salir de este lugar.

El esposo se nota reflexivo, lo que está sucediendo comienza a doblegar su orgullo, muy cabizbajo le dice a su compañera:

—Debo reconocer que tenías razón al querer dirigirte a la colina. Es mi culpa que estemos en el bosque, conduje irresponsablemente, perdóname por colocarte en esta situación y haber querido abandonarte hace unas horas. Creo que debo enmendar el error para continuar con nuestras vidas.

Ella se acerca, en realidad cree que sí hay una gran parte de responsabilidad en él, pero está segura de que la única opción para encontrar a su hija es permanecer al lado de su esposo, lo que implica evitar los enfrentamientos. Sin embargo, le duele lo pasado antes del accidente y, a diferencia de Daniel, no está lista para perdonar, por ello lo evade con algunas palabras.

—No es el momento para hablar de esto, no sabes toda la tristeza que me has provocado en este tiempo. Sentir que me quedaba sola en este sitio fue aterrador, pero puede más mi amor de madre. Del perdón discutiremos más adelante, ahora disculpa, creo que debo descansar, necesito fuerzas para llegar a María.

Daniel se siente cada vez más culpable, no sabe qué decir a Helena, se limita a indicarle cuál es el mejor sitio para dormir. Se ubican bajo los árboles y allí recogen hojas secas para procurarse un colchón. La mujer extiende su abrigo y se acuesta a unos metros de su esposo sin mediar más palabra.

A un par de kilómetros camina desorientada una mujer, se observa asustada, preocupada, busca desesperadamente entre el paisaje a Helena y a Daniel. Está intranquila y no puede evitar llorar, sabe que es hora de detenerse y buscar un sitio para descansar. El último rayo de sol se desvanece dando paso a la noche. Ella inspecciona su alrededor para buscar el espacio ideal para reposar, pero en el momento de ejecutar la tarea detalla una silueta a pocos metros de donde está y con temor pregunta:

—¿Quién eres?

Ya más cerca puede percatarse de que la silueta es de otra mujer que le responde.

—No temas, Carmen, soy Concepción.

Carmen siente una emoción muy fuerte; una de las razones de volver

al bosque, además de asegurarse de que los esposos logren el regreso, era la esperanza de encontrar a alguien que le diera respuestas y ¿quién mejor que su abuela, la cual había dado origen a toda esta experiencia?

No hay temor en la nieta, tenía una vaga idea de lo que podía encontrar, por eso va al encuentro de la anciana. Ya de frente, se funden en un abrazo y no logran contener las lágrimas. Carmen vive un éxtasis inexplicable, puede sentir una vez más la piel de su abuela, a quien jamás pensó volver a ver. Por su parte, Concepción es invadida por un amor fuerte, acompañado de ternura; las leyes de la eternidad se rompieron en ese momento y lugar para dar paso a un encuentro extraordinario.

Mirarse una a la otra es como reflejarse en un espejo, no pueden dejar de contemplarse. Por un instante todos los temores de Carmen se esfumaron.

—No sabes la falta que me haces, abuela, te amo —exclama la nieta.

Su abuela guarda silencio, solo le hace sentir, por medio de ese esperado abrazo, lo que con palabras no expresa. Carmen, en cambio, continúa hablando con emoción.

—¿Sabes qué pasó con mis padres?

—Hija. —Por fin Concepción deja oír su voz y le replica—. Es muy poco lo que puedo decirte, cuando sea el momento preciso sabrás qué sucedió con tus padres. Por ahora quiero que sepas que te amamos, nunca te dejamos sola, hemos estado a tu lado siempre, aunque no puedas sentirnos.

Las dos mujeres se ven a los ojos mientras Concepción le exige a Carmen.

—No tengo mucho tiempo, escúchame con atención. Debes seguir adelante, es posible que en tu camino y propósito por el bosque no me puedas ver en todo momento, es una de las condiciones que debo cumplir para seguir aquí contigo, pero estaré acompañándote muy de cerca, no te abandonaré.

La pareja que buscas se dirige a la cabaña de la colina, ya te puedes acordar qué hay detrás de la puerta; al igual que tú esperabas a alguien en ese viaje, María también lo hace, pero no te preocupes por ella, disfruta de la paz que gozaste. Los Dante necesitarán de un símbolo para sobrevivir a una de las pruebas, no puedo decirte cuál es, cuando veas que todo está perdido y no sepas qué hacer, recuérdales el símbolo, la circunstancia y la fuerza del bosque actuarán a favor de los esposos y sabrán qué hacer.

Carmen escucha cada una de las palabras de su abuela. Quien, para terminar con sus consejos, advierte antes de irse:

—No le digas a los Dante sobre la roca y qué los trasladó aquí. En ocasiones cuando aún hacemos parte del mundo terrenal hay cosas que no logramos entender. Ahora debo irme, mi amor, pero recuerda que estoy contigo.

Carmen comprende lo que su abuela le refiere. Le apena que no la acompañe de cerca, pero sabe que son las reglas de la dimensión.

—Te amo, abuela, gracias por encontrarme y ser mi luz. Seguiré en dirección a la colina para encontrarlos —dice Carmen y baja la mirada en señal de duelo—. Espero que pueda saber de mis padres —termina.

Concepción no contesta, únicamente vuelve a abrazar con fuerza a su nieta. Carmen responde a este gesto y besa la mejilla de su abuela mientras ella desaparece entre sus brazos.

La mujer tiene claro la ruta a seguir para encontrar a Daniel y Helena. Con sentimientos encontrados camina hacia un tronco caído al lado del ramal que permite una pequeña choza improvisada por la naturaleza.

Logra acomodarse allí y luego piensa en el siguiente día y en estar con los señores. Finalmente, el cansancio la vence, la noche está presente y el nuevo amanecer llegará.

DÍA 2:
DOBLEGAR EL ORGULLO

El sol está a dos horas de ponerse, todavía la oscuridad es la dueña del bosque. Los esposos, luego de una corta conversación, no lograron llegar a un acuerdo. Helena no ha querido dialogar con Daniel, no hay un perdón significativo entre ellos; esto cambia las cosas y da paso a lo que deben empezar a vivir.

Ambos están vencidos por el sueño. Los nuevos habitantes del bosque han tenido fortuna de que la lluvia no los sorprenda durante la noche. Envueltos en el silencio y la tenue claridad que les proporciona una luna menguante, su dormir es interrumpido por un fuerte ruido que se asemejaba a un aserradero, es como si los árboles se resquebrajaran. Helena es la primera en despertar a causa del sonido inquietante, luego Daniel también abre sus ojos y mira a su esposa confundido por lo que oye.

Ambos se colocan de pie, Helena va hasta su esposo y preocupada pregunta:

—¿Qué está pasando?

—No lo sé —responde Daniel, quien también asegura—: Lo que sea, está acercándose, debemos huir.

Daniel toma de la mano a Helena para salir a correr, el hombre es más rápido y a ella se le dificulta seguir el paso.

—¿Acaso no puedes correr más rápido? —la increpa Daniel, preso del miedo.

Al igual que a él, a Helena la invade el miedo, pero no le agrada la forma en que su esposo le habla.

—Entonces suéltame y sigue adelante —dice ella.

Daniel, molesto, vuelve la mirada a la mujer mientras corren, quiere iniciar una discusión a la marcha, sin saber aun lo que los persigue, pero al divisar el panorama detrás de su esposa queda atónito. Lo que ve es un gran tornado que se aproxima a ellos, no le queda más que callar y seguir la carrera sin soltar a la mujer.

Ella, por su parte, todavía no sabe lo que los acosa, hasta que una extraña fuerza la levanta del piso. Daniel nota cómo el fenómeno natural trata de arrebatarle a su esposa y su instinto hace que con la otra mano se abrace a uno de los árboles.

Helena está asustada, siente que el torbellino se la lleva, así que aprieta la mano de su esposo, que lucha para no desprenderse del árbol ni soltarla. La fuerza del viento aumenta y el hombre se esfuerza

por resistir, pero la furia del tornado es mayor a su intento, aun así, no está dispuesto a perder a su esposa y, en lugar de dejarla, decide soltar el árbol. La pareja es absorbida por el remolino, que los eleva como un par de hojas más de los árboles. Guiado por su instinto de supervivencia, Daniel logra sujetarse de una rama, sigue teniendo a su esposa; el fenómeno los quiere y el esposo soporta como un guerrero.

—Suéltame, sálvate y encuentra a nuestra hija —pide Helena a Daniel con una mirada de terror.

Daniel mueve la cabeza en señal de que no obedecerá a su esposa.

—Recuerda, Helena: no darnos por vencidos y estar siempre juntos —dice con dificultad por el esfuerzo que está haciendo.

La despiadada corriente de aire no da tregua y sacude a los esposos haciendo que se estrellen contra el tronco al que pertenece la rama que los sujeta. Sus brazos están raspados y sus rostros arañados por las ramas secas de los árboles, el inclemente momento se hace eterno.

Lo que viven es aterrador, están en medio de un tornado que los puede separar para siempre, son conscientes de que, si flaquean, no se reencontrarán con su hija y cruzarán la línea del camino a la eternidad.

Sus oídos están ya sordos por el estruendo del aire arrasando con todo a su paso y sus caras se desfiguran por momentos debido a la fuerza del viento. Sin embargo, Daniel sigue aferrado a la rama que les da esperanza.

La mujer llora al ver cómo su esposo lucha para tenerla a su lado y no desprenderse del punto de sujeción que los mantiene seguros. Él se queja de dolor al continuar peleando por sobrevivir y ambos creen que ya no podrán lograrlo. Ella piensa que es momento de estar en paz.

—Por favor perdóname, he sido una egoísta, no solo tú eres culpable, también tengo responsabilidad en todo esto. Por lo que más quieras, perdóname —le expresa a Daniel en tono de voz alto, cerciorándose de ser escuchada.

Daniel, en medio de la batalla que libra por tratar de permanecer a salvo con su pareja, la observa con cariño, es una mirada llena de sinceridad que hacía muchos años no brindaba a su esposa, y asiente, dando un sí al perdón que pide Helena.

Mágicamente, y como si la naturaleza estuviera esperando este acercamiento en la pareja, el torbellino los deja libres tomando otra dirección. Ahora es la gravedad quien cobra factura, el peso de los dos hace que la rama se rompa y se precipiten al piso, la caída es amortiguada por las demás ramas del árbol, pero aun así pierden el conocimiento.

La luz del día acoge el bosque. Carmen despierta, se levanta e

identifica la posición de la cabaña en la colina; debe ponerse cuanto antes en marcha si quiere reunirse con los esposos. Está fortalecida luego del encuentro con Concepción. Además, en su pensamiento están Daniel y Helena, quiere estar con ellos, asegurarse de que estén bien y de que no se den por vencidos. Acelera el paso con el fin de atravesar en el menor tiempo posible el tendido de vegetación que la separa de la colina.

Un par de kilómetros más adelante, los esposos comienzan a despertar; sienten dolor, están agotados. El primero en abrir los ojos es Daniel, su mirada busca a su esposa que, aún en el piso, intenta moverse. El hombre se levanta y va hacia ella, muy preocupado la llama en varias ocasiones, hasta que ella responde:

—No te preocupes, estoy bien.

El esposo la abraza y se cerciora de que la mujer en realidad esté bien, luego la ayuda a levantarse, ella manifiesta que le duele un poco la cabeza, pero, de repente, la gestualidad de Helena cambia, ahora se ve asombrada.

—¿Qué sucede?, ¿por qué estás tan aterrada? —le pregunta Daniel.

Helena le señala a su esposo el bosque, está intacto, no hay rastro de la fuerte corriente de aire que debieron enfrentar. El hombre también se asombra.

—Es como si ese tornado no hubiera pasado, o como si a su paso los árboles se cerraran de nuevo.

La mujer solo refiere que el lugar es extraño, intimidante, pero que deben seguir el camino para hallar a su hija. No les quedaba más que seguir caminando para lograr atravesar el bosque.

Es el mediodía, ya llevan varias horas de camino, Helena está cansada y quiere reposar un poco, así que le pide a Daniel que tomen un receso. Él está de acuerdo, cada uno busca un sitio para tomar un nuevo aire.

—¿Cómo te sientes? —pregunta el hombre.

Ella tiene la mirada perdida, inmersa en sus recuerdos, entonces no responde exactamente al interrogante. Su mente está puesta en sí, una vez encuentren a su hija y logren regresar a casa, volverán a ser una familia.

—¿Crees que podamos estar juntos cuando esto termine? —cuestiona Helena.

Él la observa con un gesto de desesperanza.

—No es el momento para discutirlo —responde.

—Ya tomaste una decisión, ¿verdad? Nada volverá a ser como antes —ella insiste.

Daniel se levanta, mira al piso y luego reclama a su esposa.

—¿Crees que el hecho de estar aquí luchando para volver a la vida y por encontrar a María es significado de solución a todos los problemas que tuvimos? No, Helena, se necesita mucho más. Nosotros ya nos hemos dañado bastante, creo que cada uno está obligado a comenzar de nuevo.

—El orgullo no te permite intentar construir una familia, no has podido olvidar los episodios en la empresa de papá —le refuta Helena.

El hombre no puede ocultar su disgusto ante lo que dice su esposa. En su pensamiento no está regresar con ella, solo desea superar la prueba. Su posición es firme, se conoce bien. Sí, hay orgullo, pero esto no es algo que vaya a aceptar ante Helena, su defensa es hacerla sentir culpable del rompimiento de la relación.

—No, Helena, no es mi orgullo, son tus actuaciones las que nos han llevado al divorcio. Cometes demasiados errores, no voy a admitir que me inculpes ahora —responde Daniel a su esposa.

En tanto los esposos discuten, a pocos metros de ellos ya se encuentra Carmen. El espacio que la pareja ha tomado para descansar ha permitido que la nana esté pronta a encontrarlos.

Helena se altera, se da cuenta de la maniobra que su esposo realiza: defenderse, atacándola y culpándola. Al terminar de escuchar a su esposo piensa “no voy a permitir más humillaciones”, así que levanta su voz en protesta.

—Eres un orgulloso detestable que busca en los demás la culpabilidad de tus errores —le dice alterada.

—¡Y tú una cínica que no vive más que victimizándose! —le grita airado el hombre, que, aunque reconoce que, en parte, su esposa tiene razón, no está dispuesto a perder una nueva batalla.

En ese instante el enojo de los esposos es interrumpido por su nana, que los ha encontrado, pero en un mal momento, porque conmocionada los alerta de un nuevo evento.

—¡Cuidado! —grita Carmen.

La nana no da crédito a lo que ve, es como si se repitiera la escena en la que perdió a sus padres. Encontró a la pareja justo al borde de una nueva prueba.

Helena y Daniel, en medio de la confusión, voltean a ver a Carmen. De repente sienten cómo los abraza un gran volumen de agua, que, sin darles la menor oportunidad de evitarla, los arrastra. Es una corriente que apareció de la nada; Daniel no sabe defenderse muy bien, mientras que Helena es una excelente nadadora. El hombre lucha por mantenerse a flote, trata de sujetar con desesperación uno de los troncos que van con él en ese inmenso río que surgió súbitamente.

Helena trata de nadar en dirección a su esposo para ayudarlo a ponerse a salvo, pero la tarea es difícil; la fuerza del agua es fuerte y los troncos, piedras que lleva la enfurecida corriente la golpean alejándola del hombre que continúa batallando para no dejarse sumergir.

Carmen siente un impulso de lanzarse al agua para ayudar a los esposos, pero está llena de temor, siente que está repitiendo los hechos en los cuales perdió a sus padres y le faltaba decisión.

—Tranquila, mi amor, yo iré contigo. —Escucha decir Carmen en su oído, al mismo tiempo que alguien la tomaba de la mano. Al buscar con la mirada de quién se trataba, Carmen, a la que le brillan de inmediato los ojos, encuentra la imagen de una mujer.

—¡Mamá! —exclama en medio de una emoción inexplicable.

—Sí, hija, he venido a verte. Vamos, te necesitan —dice la mujer.

Carmen se reencuentra con la persona más importante en su vida. La madre no emite más palabras; la hala y ambas caen al agua que comienza a arrastrarlas. Unos cuantos metros más adelante los Dante intentan ponerse a salvo de las aguas.

—No voy a poder resistir mucho tiempo —se oye decir a Daniel.

Mientras Helena lucha por alcanzar a Daniel, la pareja va de lado a lado del río entre las aguas; a su vez, madre e hija son llevadas en dirección a los esposos, en la caudalosa corriente no se puede mediar palabra, solo tratar de mantenerse a flote para alcanzarlos, sin embargo, con sus miradas logran transmitir el amor que se tienen.

Es la experiencia más desesperante que pueden haber vivido Daniel y Helena, por el peligro que representa y por el tiempo que han pasado tratando de salir del agua, pero lo peor está por venir. Adelante, las aguas desembocan en una alta cascada que representa el fin para ellos. De caer, no sabrán qué pueda suceder.

Helena logra observar la caída, no quiere poner más nervioso a Daniel y, en un último esfuerzo que puede dejarla sin fuerzas, se impulsa sobre el agua para conseguir contener a su esposo y así alcanza a tomarlo de un pie. Daniel, que va envuelto por el cauce de espaldas a la caída, al sentir la mano de su esposa sujetando su pie, se limita a pedirle que no lo suelte. Ella lucha por no dejarse sumergir, buscando desesperadamente un punto de dónde anclarse para detenerse y salvar su integridad.

Metros más atrás de la pareja los sigue Carmen y la madre, quienes se mueven hábilmente para alcanzarlos.

Ya la caída se manifiesta de frente a Helena, están a punto de sucumbir. Ella solo piensa en que es el fin y, en lugar de soltar a su esposo, se aferra más a él. Solo queda una oportunidad para ponerse a

salvo: la rama de un árbol. Está a centímetros de la caída, pero debe desviar el peso de sus cuerpos en esa dirección y tomar la rama en el momento justo. Con la agilidad y la tenacidad que ha inyectado esta posibilidad de vivir, logra hacer un movimiento decisivo con sus piernas y el brazo que aún tiene libre; con la confianza de un felino que va por su presa, se abalanza sobre la rama, pero falla en su primer intento, siendo el siguiente de milésimas de segundo. Tira su brazo a sujetar el fin de la rama y alcanza una parte de ella.

Ahora los Dante penden de una delgada parte de la rama del árbol, en algún momento el peso de sus cuerpos y la fuerza del agua pueden romperla, dejándolos caer al vacío de la cascada. La mujer está en una posición de cruz; una mano hala el cuerpo de su esposo mientras que la otra agarra toda la esperanza de sobrevivir. Daniel está preso del terror, pues ya ha logrado ver el final del río. Helena empieza a sentir cómo el frío del agua, sumado a la fatiga de sus brazos, empieza a hacerla ceder.

—No te esfuerces más, suéltame, no vamos a poder salir de esta los dos —le grita Daniel y, con una mirada de desesperanza que se combina con temor, continúa suplicando—. Por nuestra hija, utiliza las dos manos para salvarte, dile que la amo. Te ordeno que me sueltes.

—No te voy a soltar y antes de hacerlo prefiero irme contigo. No voy a seguir más órdenes, es momento de actuar según mi convicción —le responde Helena.

—Basta, no lo hagas. Soy la cabeza de esta familia y si debo sacrificarme, lo haré —insiste Daniel.

—Es egoísta lo que dices, una vez más el orgullo te confunde —replica Helena con lágrimas en los ojos y a punto de cruzar una línea definitiva —. No te dejaré ir, porque te amo.

La esposa concibe que todo lo sucedido ha avivado el amor que siente por su familia y así se lo expresa. Esas palabras entran como un dardo en el corazón de Daniel, quien, después de mucho tiempo, también se permite llorar. Lo expresado por Helena lo hacía reaccionar.

—He sido muy duro contigo, lo reconozco. Nunca he dejado de amarte, tal vez mis sentimientos se ocultaron detrás de una armadura de hombre autoritario, pero esta ha caído, gracias por dar tu vida por mí.

Está demostrado que cuando atraviesas por un momento crítico de tu vida, los sentimientos vuelven a salir a flote y hay tiempo para enmendar los daños ocasionados. Precisamente eso está pasando con los Dante.

La mujer, al escuchar a su esposo, siente un descanso en su alma. Ha recuperado el amor de Daniel y eso es suficiente para cruzar la línea en paz. La rama comienza a desgajarse, el crujir de esta es un aviso del final, la mujer ve a su esposo con el mismo amor con el que en un altar dio el sí años atrás, él la corresponde. No quieren despedirse, solo se observan mientras pasa por sus mentes un sinnúmero de lindos recuerdos vividos a lo largo de su vida juntos, los malos momentos no tienen cabida en aquel cercano final.

De repente llega el tan temido suceso, la parte de la rama se desprende del árbol y con ella los Dante, que van hacia el precipicio. Helena cierra los ojos y toma la pierna de su esposo con las dos manos, Daniel, con resignación, se limita a mirar a su esposa. El cuerpo del hombre ya entra en una caída vertical, al igual que los brazos y la cabeza de Helena, que aún sujeta a su esposo.

Cuando ya todo está perdido, el ser humano, crea o no en la existencia de un ser superior, se aferra a un recuerdo, a una fantasía o a una creencia, de palabras, emociones o sentimientos según las convicciones de cada persona. Los Dante no son la excepción, su corazón está aferrado al amor, pero lo más importante es que en ese momento límite de la vida nunca pierden la fe de estar juntos, o de salvarse y proteger a su hija.

En el momento en que Helena queda en la misma posición vertical de su esposo, como si estuviera escrito en algún lugar del cosmos, siente la misma tranquilidad en medio de la dificultad que experimentó Daniel minutos antes. El que ella haya podido agarrarlo de la pierna no fue producto de su imaginación ni el cerebro estaba utilizando técnicas de afrontamiento para disipar la situación. Al caer, Helena siente una mano que la alcanza a tomar por su pie derecho y la pareja queda suspendida en el aire, mientras el agua sigue su curso.

Helena no sabe quién la sujeta para evitar la caída, toda su concentración está en no dejar caer a su esposo. Daniel está sorprendido y confundido al no saber qué ha evitado que se precipiten al vacío. La pareja no puede comunicarse por el ruido del agua y dependen de quien los está sosteniendo. Ahora es Carmen quien tiene en sus manos la suerte de los Dante.

—Debes ser fuerte, hala con decisión y lo vas a lograr —le dice la madre a Carmen, quien sostiene la pareja y, a su vez, se sujeta de una parte firme de las ramas del árbol.

—Tenerte a mi lado es toda la fuerza que necesito para salvarlos, mamá —responde Carmen con emoción.

—Hazlo, hija, tráelos hacia ti —susurra la madre de Carmen mientras la toma del brazo y apoya su cabeza en la de ella.

Carmen comienza a halar a Helena, no sabe cómo, pero ha adquirido la fuerza suficiente para luchar contra la corriente del agua y el peso de los Dante. Helena y Daniel, por su parte, están siendo atraídos hacia Carmen, aún no saben quién los está poniendo a salvo. Carmen poco a poco logra llegar hasta el cuello de Helena, la cual lucha por no soltar a Daniel.

Helena toma al hombre por la cintura hasta lograr abrazarlo. Él ahora tiene al alcance una parte de la rama y no duda en tomarla, luego se dirige hasta la orilla para llegar a tierra firme. La esposa lo sigue y hace lo mismo. Después de esto Carmen voltea para buscar a su progenitora, pero esta ha desaparecido sin una despedida final.

Ya fuera del agua, los Dante caen exhaustos al piso. Helena se quita el mojado abrigo y cubre a Daniel, Carmen los observa con satisfacción de haber logrado la hazaña de tenerlos aún detrás de la línea que separa la vida de la muerte.

El hombre se recupera un poco y se abalanza sobre su esposa, la abraza y le da un beso. Hace mucho no le pronunciaba las palabras que Helena había querido escuchar para alimentar su fortaleza.

—Te amo. —Por fin pronuncia el hombre con esfuerzo.

La mujer responde al beso y se entrelazan en un fuerte abrazo olvidando todo a su alrededor. Inmediatamente, y sin ninguna explicación, el torrente de agua que los arrastró desaparece.

La esposa se percata de que ya no hay ruido de ningún río, una vez más el bosque los sorprende. Por el sitio en que había bajado la cantidad de agua no hay rastro del caudal, por el contrario, se observan árboles y abundantes prados.

—Cómo cambia nuestra perspectiva al estar cerca de la muerte —les dice la nana.

Los esposos se levantan del suelo y voltean hacia Carmen. La contemplan con admiración, aunque están confundidos sobre si la mujer es Concepción o Carmen. Sin embargo, luego observan que la mujer que tienen enfrente no posee el lunar en la cara, así que comprenden que es Carmen.

—No sé qué haces aquí ni cómo llegaste, pero me alegra que estés con nosotros. —Helena se dirige hacia la mujer, la abraza y agradece con lágrimas lo que hizo por ellos.

Daniel va hacia las mujeres y se une al abrazo.

Carmen, por lo advertido por su abuela, sabe que no puede contarle a la pareja su responsabilidad con los sucesos que han venido aconteciendo.

—Señora, estoy muy unida a ustedes y este lugar también me ha llamado —les dice.

La pareja sonríe al oír lo que Carmen expresa, pero recuerdan lo que la abuela les ha dicho del por qué ha sido destinada a guiarlos en un primer momento, así que Helena indaga:

—Pediste venir aquí, ¿cierto? ¿Eres la persona que Concepción relacionó? ¿Este es tu sacrificio?

Helena mira a Carmen con un gesto de agradecimiento, se da cuenta de la importancia de que la nana esté con ellos, pero ¿cómo sabía Carmen de lo que les iba a suceder y del lugar en el que estaban?, se preguntaba en su interior.

—Sí, señora —responde Carmen—. Cuando supe de su accidente, pedí con todas mis fuerzas que, si había una dimensión en la que pudiera seguir ayudándolos, que me trajera. Al instante me desmayé y desperté aquí, es mi abuela quien me ha dado la indicación de cómo llegar a ustedes.

Los esposos dan crédito a lo dicho por Carmen, pues, ya en su lugar, todo cuanto pasara era posible. Se acercan hasta ella y la abrazan en señal de la más profunda gratitud. Entienden que la nana es una pieza clave para llegar hasta su hija.

Momentos después, Daniel mira a su alrededor, quiere hacerse una idea de la distancia a la que los ha dejado la corriente de agua de la colina. Tiene una vaga noción de que el evento los ha acercado un poco más al objetivo.

—De acuerdo con la dirección que tomó la corriente de agua y al cambio en la vegetación, creo que nos ha arrastrado unos kilómetros más hacia la dirección de la colina, dejándonos más cerca de María — concluye Daniel.

Después de escuchar a su esposo, Helena le cuenta a Carmen todo lo que han vivido y la pone al tanto de lo que deben hacer para volver. La nana, que sabe perfectamente cada secreto del bosque, actúa como si no conociera la situación en el lugar y se muestra admirada con lo que la Helena le dice.

Llega una noche más, ahora los tres buscan un sitio idóneo entre árboles y prados para descansar y emprender su último y contundente tercer día en aquel sitio. El bosque completo es presa del silencio, que solo es irrumpido por el silbido sutil del viento. Pronto, los esposos ya están sumidos en un sueño profundo, mientras que, por su parte, la nana descansa, pero aún no logra dormir.

—Hola. —Se escucha en una voz masculina.

Al oír esto inmediatamente Carmen se levanta prevenida. Las sorpresas no terminaban aún ese día para ella. Sus ojos no dan crédito a lo que ven, una vez más la embarga la emoción. Enfrente tiene a sus padres, cuyos rostros reflejan seguridad, tranquilidad, una paz

contagiosa. Aunque ya tuvo un encuentro con su mamá, intuye que esta vez la presencia de los dos le dará respuestas para despejar las culpas que siente.

Muy despacio los padres caminan hacia su hija, que está inmóvil, sorprendida de lo que está apreciando. La toman de la mano y Carmen comienza a reincorporarse, aprieta las manos de sus padres y deja salir algunas lágrimas producidas por el coctel de emociones.

—No puedo creerlo, tanto tiempo esperando este momento y ahora están aquí conmigo —les susurra mientras sonríe y con un gesto de clemencia les exige—: Perdónenme, es mi culpa que ahora ustedes no estén en el mundo terrenal, es mi culpa que cruzaran la línea hacia el más allá. Escribir nuestros nombres en la piedra fue un error del cual me arrepentiré siempre.

Alicia y Leonardo se miran, no hay un cruce de palabras entre ellos, con la mirada ya han acordado lo que responderán a su hija. Leonardo es quien habla primero.

—No hay nada qué perdonar, hija. Escribiste nuestros nombres en la piedra, pero el universo también había escrito el nombre de tu madre y el mío en el libro de la vida, ese día tenía que ser, simplemente la hora de partir a la eternidad había llegado, no eres culpable de nada.

—Si de algo eres culpable hija —ahora habla Alicia—, es de que pasáramos por las pruebas del bosque y de volver a unirnos en el más allá; lo deseaste con toda tu fuerza. Tu padre y yo gozamos de esta felicidad, gracias a que él se sacrificó por tu tía, por mí y por ti, por encontrarte, porque nos amaba y el sacrificio es algo que en esta dimensión se recompensa muy bien, fue el pasaporte que nos dio la posibilidad de estar juntos de nuevo, y esta vez para siempre en un universo paralelo al tuyo donde no existen el odio, la envidia o el orgullo. Solo hay amor y agradecimiento hija, todos celebramos cuando alguien de tu mundo cruza a nuestra dimensión.

—Estamos muy bien, hija —Leonardo toma de nuevo la palabra—. Te amamos y, al igual que tu abuela, siempre hemos estado contigo. Ya no arrastres con culpas, vive feliz, esto no es el adiós, es solo un hasta luego, algún día, cuando el libro de la vida te reclame, nos reuniremos de nuevo. Ve, amor, ayúdalos a regresar.

Los padres abrazan a su hija y besan su frente. Esta es la imagen que debió suceder años atrás para poder regresar; sin embargo, la vida y la muerte, aunque misteriosas, ahora les ofrecen una corta revancha, un beso y un abrazo que duran varios minutos. Al igual que su abuela, sus padres se desvanecían en sus brazos hasta desaparecer, dejando tristeza, pero también una tranquilidad en Carmen, que no se siente más como la causante de separar a su familia.

Carmen cae al suelo alucinada, tantas emociones en un solo día. Ahora con más fuerzas para lograr lo que se ha propuesto, cierra sus ojos y recuerda cada palabra conversada, hay detalles que simplemente no puede olvidar.

LA INTROSPECCIÓN

Después del alucinante encuentro con sus padres, Carmen logra dormir. Por su parte, Helena está inmersa en un profundo sueño a causa del cansancio y de las emociones experimentadas. Al contrario de los habitantes del lugar, el bosque no se permite descansar, creando cada experiencia alucinante para sus nuevos inquilinos, es por ello que la magia del sitio aún tiene sorpresas que ofrecer.

Durante su descanso, un suave viento envuelve el cuerpo de Helena, que de inmediato comienza a tener un sueño: se encuentra en una enorme llanura, los prados son verdes y está florecida. Por la belleza que ofrece el panorama, parece que la primavera es la protagonista; hay diversidad de fauna, un sonido de una cascada armoniza el lugar. Aunque está sola, no tiene miedo, por el contrario, un gozo indescriptible la invade. “Estoy soñando, ¿qué lugar extraordinario es este? No quiero despertar” piensa Helena. A pesar de que es un sueño, el momento que vive es fascinante y se siente muy real.

—Hija.

La mujer oye un llamado y de inmediato gira hacia la parte más florecida de aquel edén. Un hombre viene hacia Helena, ella lo contempla con ternura y sale a su encuentro.

—Padre, ¿de verdad eres tú? —pregunta la mujer limpiando las lágrimas que le ha producido la emoción de volver a ver a Rafael.

En ese instante, como si una película se proyectara en frente de los dos, ambos pueden revivir un recuerdo de cuando Helena era apenas una niña. Su padre le enseñaba a montar bicicleta, corrían, jugaban y daban vueltas en un viejo, pero cuidado, parque del vecindario. Después de un tiempo de práctica, llegó el día en que Rafael decidió que la niña ya estaba en capacidad de sostenerse en la bicicleta sin su ayuda, por eso la soltó, Helena siguió pedaleando sin darse cuenta de que el hombre ya no estaba para sostenerla y recorrió una buena distancia sola.

—¿Cómo lo estoy haciendo, papá? —Preguntaba una y otra vez la emocionada pequeña.

Rafael, a una distancia de ella, comenzaba a correr hacia su hija para responder, buscando que lo pudiera sentir cerca y evitar una caída, pero la niña al percatarse de la demora en la respuesta de su padre, volteó su cara para ver si venía acompañada y se puso nerviosa al constatar que no lo estaba. Perdió el control de la bicicleta y empezó a caer, sin embargo, su padre alcanzó a sostenerla antes de golpear el piso. Helena lloraba de temor por lo que acababa de suceder y su padre la tomaba de las manos y le decía “no llores, yo estoy aquí”.

—Pensé que me golpearía muy fuerte —le exclamó la niña y le refutó un poco molesta—: ¿Por qué me soltaste, papi?

El hombre se arrodilló para quedar a la estatura de la niña y mirándola a los ojos le respondió:

—Helena, que te golpees me duele más a mí que a ti, pero si no te suelto, no aprenderás, no avanzarás y jamás aprenderás.

Con estas palabras su hija cambió la gestualidad de enojo por admiración.

—En la vida es siempre así —su progenitor continuó diciendo—, cayendo es como aprendes y cuando se ama como yo te amo debemos dejar ir, así nos duela en el alma.

Helena, a pesar de que tenía unos cortos 10 años, podía entender el mensaje de su padre.

—Papá, no quiero dejarte ir nunca —le dice acongojada.

El padre no pudo evitar las lágrimas con lo expresado por su hija y enjugándolas le manifiesta.

—No solo tú me dejarás ir en un momento de tu vida, mi amor, sino que yo también tengo que dejarte partir.

Rafael tomó a su hija y se unieron en un fuerte abrazo, tal vez el más grande que en su vida le dio a su hija, tanto que Helena jamás lo olvidó, no solo por la significativa manifestación de amor, sino también por el mensaje que lo antecedió.

Esa noche en su sueño Helena vuelve a sentir ese abrazo de su padre que la marcó de por vida. La muestra de afecto es tan diciente, que resume el amor de Rafael por su hija, lo mucho que la extrañaba y la emoción que le produce volver a verla.

—Cuánto tiempo sin tocar tu piel, hija —dice el conmovido hombre.

Ella no puede dejar de abrazarlo, quiere recuperar todo el tiempo que pasó sin estar cerca de su padre.

—Cuánto te amo, papá, eres el mejor padre del mundo y estoy muy feliz de verte —dice Helena sollozando de la emoción—. Sé que estoy soñando, pero es tan real.

El hombre deja de abrazarla, delicadamente la toma por los hombros y le habla.

—Es la magia que aporta este precioso lugar, hija —dice y después de un corto silencio agrega—: Dejé la vida terrenal por mi tristeza de perder lo material, pero no di valor a lo verdaderamente significativo: mi hija, mi esposa y mis futuros nietos. Cuánto me arrepiento. Por eso, hija, he venido en tus sueños con el permiso que da la eternidad, para darte un último consejo de padre: Helena, los logros y lo material que consigues en la tierra, son banales, se esfuman, en cambio, tu familia

no, ella siempre está allí, hasta el último de tus días. No hay casa o trabajo que reemplacen esos momentos hermosos que te brindan tus hijos, sus primeros pasos, su primer diente, los instantes en familia, una comida cálida, adornar un árbol de navidad juntos, un paseo o entonar una canción.

Helena observaba con ternura a su padre.

—Hija —continúa—, la providencia me ha permitido este encuentro para pedirte que no dejes ir esta oportunidad de cimentar tu familia. Es momento de dejarte ir y no quiero que me duela hacerlo, porque sé que, aunque caerás, no te golpearás tan fuerte como yo lo hice.

Helena está conmocionada con lo dicho por Rafael, lo observa y coloca su rostro en su pecho a la misma vez que le habla.

—Padre, ha sido mi culpa que no estés con nosotros. Confiaste en mí y te defraude.

—No —le impugna Rafael—, no eres culpable, solo fue un aprendizaje. Los resultados no fueron los esperados, la vida son logros y derrotas, esta vez nos tocó perder, pero gracias a esto has comenzado un nuevo camino de enseñanzas que te han llevado a madurar y ser una mujer fuerte y decidida, estoy muy orgulloso de ti. En cuanto a lo sucedido con mi partida, si bien es cierto que la depresión me visitó para llevarme con ella, fue realmente mi culpa seguirla, porque mi vida no eran los millones que perdí, la razón de mi existencia eran mi esposa y tú, ustedes eran motivo suficiente para que hubiese salido del fondo en el que había caído, pero me dejé llevar y vinieron las enfermedades. Fui un egoísta que no pensó en la tristeza que les causaría mi muerte, solo quería olvidarme de todo y no enfrenté mi realidad, permití que el dolor por algo insignificante acabara con mi vida terrenal. Por eso no aceptes que la envidia y la ambición te cieguen, ahora tienes un esposo y una hija para luchar, camina de su lado y, si él cae, levántalo e impúlsalo con más fuerza. La grandeza de una mujer es la firmeza con la que construye sus actos.

El hombre necesita seguir hablando, debe dejar el mensaje claro en su hija, por eso no se detiene y, acariciando el cabello de Helena, agrega:

—Tu niña es hermosa, encantadora como tú. Tómala de la mano, enséñale a montar y a tomar el equilibrio sobre su vida, cuando la veas lista, suéltala, pero ve sigilosamente detrás por si cae, así podrás ayudarla, levantarla y darle ánimos para seguir aprendiendo, y cuando ya no necesite que la sostengas más, déjala ir, también debe recorrer su propia distancia. Sé que harás un buen trabajo.

Helena levanta la mirada a su padre, lo que él acaba de decir la enternece, porque de alguna manera Rafael siempre se las ingenió

para ir detrás de ella sosteniéndola.

—Así lo haré papá —se limita a responder.

—La pequeña María, qué hermosa es —manifiesta el hombre en medio de una sonrisa.

—¿La has visto? —pregunta ella.

—Jajaja —ríe Rafael.

El hombre, vuelve y la toma por los hombros y con una expresión de felicidad le confirma.

—He jugado con ella, no sabes la emoción que sentí al escucharla decir “abuelo”. Hemos hablado, le he dicho que su padre vendrá y la llevará de nuevo a casa. En este momento, si lo deseas, puedes verla, pero ella a nosotros no, porque estamos en un punto de la eternidad cuya única regla es que entres por la puerta de la cabaña, solo así podrás tener contacto y hablar con ella. Ahora únicamente me interesa que conozcas el sitio donde la niña los espera, porque no sabemos aún si tú logres llegar allí y puedas volver a ver a tu hija, siendo solo Daniel quien finalmente vaya en búsqueda de mi nieta. Por eso te ofrezco llevarte conmigo y que la veas, pero solo por un instante, después debo regresar y tú seguir adelante para llegar a la colina. ¿Quieres verla?

En ese momento Helena, extasiada por todo lo que está sucediendo, no comprende las palabras del hombre, no se detiene a pensar por qué Rafael dice que tal vez no logrará volver a ver a su hija y por qué solo Daniel irá por ella. Sus pensamientos y sentimientos juegan en contra, pasa por alto esas afirmaciones y solo escucha la pregunta de su padre.

—Claro que quiero verla —responde con emoción.

Su padre la toma de la mano y la conduce por el jardín hasta llegar a una pared transparente que les permite ver a María jugando con una pareja de adultos, a quienes en ese momento Helena no reconoce.

—Está hermosa, papá, se ve tan feliz con esas personas —exclama la mujer y luego pregunta—: ¿Quiénes son?, no logró distinguir sus rostros.

Rafael sonríe mientras admiran juntos el hermoso paisaje de los adultos y la niña.

—No me es permitido decirte, cuando sea el momento lo sabrás —contesta su padre.

El hombre invita a Helena a dirigirse a su punto de encuentro, la mujer no puede sentir más regocijo, agradece el estar en ese alucinante lugar en compañía de su progenitor y el haber visto a su hija en medio de una tranquilidad indescriptible.

—Es hora de partir, hija —anuncia Rafael.

—No, papi, quédate un poco más y abrázame como aquel día en que me enseñaste a montar bicicleta, cuéntame el último cuento, besa mi frente una vez más —pide Helena en medio de lágrimas y con una voz entrecortada que anuncia la despedida.

Su padre, que no es ajeno al momento, también deja salir unos suspiros, mientras sus ojos se inundan. Después se acerca, besa la frente de su hija, la abraza como aquel día en el parque y la sostiene en sus brazos con la misma seguridad de cuando le enseñó a montar.

—Recuerda, mi amor —musita con voz dulce—, sostener y dejar ir para que esa persona a la que amamos recorra su propia distancia. Siempre serás mi niña, la muñeca con la que aprendí a hacer trenzas, a la que le sacaba carcajadas con cosquillas, la que cabalgaba mi cansada espalda y me decía "¡arre, arre, caballito bonito!", pero yo era feliz de que fueras mi jinete, nunca imaginé uno diferente, eres la que me enseñó el sacrificio con amor. Ve tranquila que yo iré detrás de ti, levantándote de las caídas por medio de los besos y caricias que te brinde María. Estoy muy orgulloso de ti, recuerda que tienes una misión: salvar a tu familia. Por mí no te preocupes, estoy muy bien ahora.

Helena no quiere soltarse, pero sabe que el momento debe terminar para llegar a su hija. Lo mira, lo besa, lo abraza, acaricia su rostro y le dice:

—Está bien, papá. Te amo. Ve, ahora soy yo quien te deja ir para que camines con confianza hacia la eternidad.

El hombre se suelta de la mano de su hija, le sonríe, gira y comienza a perderse entre el inmenso jardín, mientras que Helena lo observa con devoción y sus lágrimas le enjuagan el rostro. Cuando su padre ya no se divisa, se sienta en el jardín y comienza a sentir un cansancio que la vence hasta quedar dormida dentro de su sueño.

DÍA 3:
EL PERDÓN Y EL SACRIFICIO

Daniel se ha despertado antes que las mujeres, así que sube a un árbol para divisar y calcular la distancia que los separa de la colina. Allí se percata de que la idea de haberse acercado a su hija es real. Carmen y Helena, en tanto, ya están despertando. La esposa recoge su abrigo, que ha servido durante los últimos días como tendido para aislar el frío, luego se acerca a Daniel.

—La he visto, Daniel, he visto a María, está más hermosa. Papá ha venido y me ha mostrado dónde está —le informa.

Daniel se impacta con lo que su esposa le cuenta y le interroga:

—Pero ¿cómo es eso posible?

—Tuve un sueño, pero fue tan real que aún puedo sentir el abrazo que mi padre me dio de despedida —responde la mujer entusiasmada.

—Debió ser sublime ese encuentro con Rafael, porque sé cuánto te amaba y el que lograras ver a nuestra hija es una motivación para seguir —le dice el hombre mientras la mira con cariño y se acerca para abrazarla.

Daniel suelta a su esposa e invita a las mujeres a continuar el camino. Durante el trayecto Helena les cuenta lo vivido en el sueño y Carmen sonríe al saber que no ha sido la única con un encuentro especial aquella noche.

El hombre luce más motivado por lo que Helena les ha contado, ha estado trabajando en el itinerario que más les conviene, por lo que ya tiene una ruta trazada.

Aunque acaba de amanecer, el cielo es gris, no permite que el sol tome posición, por el contrario, se forman algunos nubarrones y comienza a precipitarse la lluvia. Ahora atravesar el bosque se vuelve un poco más pesado, el terreno, aunque con vegetación, es fangoso y en ocasiones en las pisadas sus pies se hunden hasta los tobillos, por lo que el esfuerzo debe ser mayor. Además, constantemente deben secar sus rostros para poder ver.

Ya no hay líderes, han convenido que, a pesar de lo fuerte de la lluvia y la dificultad del terreno, quieren continuar para llegar a la colina lo más rápido posible. Los tres caminan tomados de la mano para ayudarse y estar firmes en la travesía.

Carmen siente satisfacción al ver a los esposos unidos, la situación del día anterior y verse al filo de la derrota les había permitido reencontrarse y reconocer que aún está presente el amor y que se necesitan.

—Estoy muy feliz de verlos así, sus miradas reflejan ternura, ya no veo odio como en los días pasados. Es importante que olviden y terminen de perdonarse —expresa la nana en medio de su camino bajo la lluvia.

Los esposos voltean a mirarla y sonríen.

—Tal vez tengas razón, Carmen, pero es algo en lo que el tiempo debe actuar y cerrar heridas —responde Daniel.

Helena solo asiente, como apoyando lo que Daniel dice.

—El tiempo no cura si no hay un verdadero perdón. Espero que esta reconciliación no sea producto de las emociones que están viviendo y al volver regrese también el conflicto —refuta Carmen, quien no está de acuerdo con el hombre.

—Ya habrá tiempo para perdonar y hablar del tema, ahora solo dediquémonos a acercarnos a María —apunta Helena.

—No —responde Carmen y continúa diciendo—, la vida en ocasiones no te da el tiempo para perdonar, simplemente te arrebata lo que quieres y jamás te deja pedir perdón o expresar un “te amo”. Por eso el momento es ahora.

De repente, en medio de la lluvia y el fango una fuerza hala a Daniel, que debe soltar a Helena para defenderse. Las mujeres tratan de ver qué está sucediendo con él; está en el suelo mientras es atacado por un lobo que se abalanzó de pronto sobre él. El animal abre las fauces y con furia quiere morder el cuello de Daniel, pero él con sus manos logra tomarlo de las orejas para evitar las mordidas.

Helena y Carmen, desesperadas con lo que están viendo, intentan arrojarse sobre el animal para ayudar a Daniel, pero sus pies están atrapados entre el lodo que no las deja moverse. Por momentos sienten como si fueran fuertes grilletes que las sujetan al suelo.

Por su parte, Daniel, aún en el piso luchando contra la fiera, siente cómo pierde la batalla, ya que las fuertes gotas de lluvia golpean su cara evitando que vea los movimientos del animal, quien está logrando soltarse de las mojadas manos del hombre.

Sin poder soltar sus pies del lodo, ambas mujeres gritan desesperadamente por ayuda, temen que pueda suceder lo terrible. Y, como si fuera poco, todo empeora; la lluvia es más fuerte, las mujeres siguen atrapadas y el animal salvaje ha logrado soltarse de las manos mojadas, embarradas y lisas de Daniel, logrando atacarlo con mayor violencia y dar una mordida en el cuello de su víctima.

Daniel ahora mete sus brazos para seguir luchando contra la fiera mientras de su cuello brota una cantidad alarmante de sangre. Pero repentinamente un brillante relámpago ilumina los ojos del lobo, que sin explicación deja de atacar y huye del sitio, dejando al hombre mal

herido.

Helena y Carmen están aterradas, no se pueden mover y el esposo está débil por la constante pérdida de sangre.

—Resiste, Daniel, por favor resiste —grita Helena en medio de su temor.

Daniel comienza a sentir que el frío que se experimenta antes de la muerte se apodera de su cuerpo, ya le cuesta trabajo hablar. Las mujeres ven cómo la cabeza de la familia Dante en esta ocasión sí está perdiendo la batalla. Se le termina el tiempo, como si lo dicho hace poco por Carmen fuera un presagio, y comprende que tal vez este es el adiós.

—Helena, amor, una vez más Carmen tiene razón. —empieza a hablar el hombre con voz temblorosa y la mirada perdida mientras hace presión sobre su cuello—. El tiempo es una constante en nuestras vidas y en algún momento se termina. Yo te he hecho daño y lo quise reparar, pero la constante no me alcanzó, cuánto diera por volver al pasado, tenerte a ti y a María en mis brazos y jamás volver a dejarlas ir. Perdóname, Helena, perdóname, mi amor.

Una lágrima recorre el rostro pálido de Daniel. Helena lo escucha mientras llora con mucha tristeza e impotencia, aún inmóvil en el barro.

—Nos hicimos daño —responde Helena—, pero no cambiaría ninguno de los momentos hermosos que viví a tu lado antes de que los conflictos comenzaran. También perdóname por mi egoísmo. ¡No cruces la línea, quédate conmigo! —termina diciendo en un fuerte grito de dolor.

La lluvia continúa con fuerza, relámpagos seguidos de truenos ahora se hacen presentes en la tormenta. En tanto, Helena y la nana intentan zafarse del lodo para ayudar a Daniel, pero no lo logran. Él está a punto de cerrar sus ojos para siempre y desaparecer en el bosque. La esposa mira a su esposo con la ternura de una despedida anticipada mientras que Daniel intenta dejar fotografiada en sus pupilas el rostro de ella.

—¡Perdóname! ¡Por favor perdóname! —vuelve a exclamar Helena.

Daniel débilmente asiente y con voz débil susurra.

—Te amo.

El bosque actúa mágicamente, te coloca contra las cuerdas y luego te suelta para que te golpees contra el piso y aprendas una lección; esos son los designios del bosque. No es fácil entender lo que allí sucede, pero tiene a Helena, Daniel y Carmen contra las cuerdas.

Daniel pronuncia esas palabras y cierra sus ojos mientras escucha un repetido “perdóname” de su esposa. Solo hace falta el suspiro que

libere su espíritu, pero antes de que el bosque reclame a este grupo de visitantes su primera alma, el fango suelta los pies de Helena, que inmediatamente va hacia Daniel. Carmen, sin embargo, sigue inmóvil por la fuerza de un barro espeso.

Helena se abalanza sobre su esposo, lo toma por la cabeza y lo abraza, luego coge su mano, que comienza a desaparecer, y la entrelaza, esperando la partida. Carmen no puede más que mirar con tristeza la despedida, es inevitable sentir que fracasa una vez más.

—¡¿Cómo salvarlos?! —grita desesperada.

Y como si alguien respondiera, de inmediato recuerda las palabras de concepción, la clave son los símbolos, pero ¿cuáles? Aun sin saberlo, como el jugador que solo tiene la última carta para mantenerse a flote y poder ganar el juego, gritó a Helena.

—¡Señora, el símbolo!

Helena no puede escuchar a Carmen por el ruido de la lluvia golpeando la tierra y los truenos de la tormenta, por eso le toca esforzarse para oír.

—¿Qué dices? —pregunta Helena.

Carmen, con la esperanza de que la señora logre descubrir el acertijo del símbolo del cual ni ella misma tiene respuesta, ahora grita con más fuerza.

—¡Utilice el símbolo!

Esta vez Helena la escucha. Los minutos son eternos, Daniel está desapareciendo.

—¡El símbolo, el símbolo! —repite Helena tratando de saber a qué hace alusión la nana.

Al tratar de reconocer el símbolo piensa en cómo todo ha podido estar acomodado en una secuencia de situaciones para llegar hasta el punto en que se encuentran. Fue Carmen quien le dio la respuesta días atrás un poco antes del accidente. Helena recuerda a su esposo dejando la argolla de matrimonio en la mesa de noche, a ella guardándola junto a la suya en su abrigo y a Carmen explicando lo importante del significado de los anillos como símbolo para el matrimonio.

Al llegar esas imágenes a su cabeza, Helena piensa “no puede ser" y suelta la mano de Daniel para buscar en su bolsillo. Desesperadamente recorre con sus dedos el interior hasta que logra palpar las argollas, comprobando que no solo han pasado con ellos a esa dimensión, sino que también se encuentran aún en su abrigo; las toma y desliza la suya sobre su dedo, colocando de inmediato la otra a su desvanecido esposo.

El último relámpago ilumina el oscuro bosque y la fuerte lluvia cesa como si se pusiera un paraguas gigante que corta de repente el agua. Las nubes grises comienzan a disiparse, el barro espeso libera a Carmen y la caótica tierra, llena de agua turbia y lodo, comienza a secarse descubriendo la hierba. En unos minutos el bosque da la imagen de una primavera, no hay rastros del torrencial aguacero.

Daniel abre lentamente sus ojos y comienza a reaparecer de nuevo. Las heridas producidas por la bestia han desaparecido. Helena lo abraza con fuerza.

—Pensé que te ibas para siempre —le replica a Daniel.

—Gracias por salvarme, gracias por regresarme. Creí que no volvería y que me marcharía sin ver a nuestra hija —le exclama a la vez que la toma y llora sobre sus hombros.

Los tres entran en un momento de recogimiento y regocijo. Hay mucho que agradecer y sobre qué reflexionar. Si no aprendes de las pruebas, serás un caminante testarudo por la vida que jamás logrará su meta.

La pareja vuelve a nacer luego de esta experiencia. Ella, al sentir que su esposo cruzaba la delgada línea, y él, al pensar que perdía a su esposa y a su hija para siempre, despertaron el sentimiento más puro en los dos. Estar juntos ya no es una obligación, ahora es una decisión que les permitirá seguir luchando por recuperar a su María.

Aquel día Daniel y Helena recuerdan por qué se habían enamorado, juegan a ser novios de nuevo e inventan una ceremonia donde Carmen es la jueza que los casa. Unos árboles sirven como salón y hasta encuentran muchas flores para realizar la corona y el ramo para la novia. No solo vuelven a ser novios, sino también niños, ríen y corren, por un momento olvidan las experiencias vividas en ese lugar, de verdad es otra oportunidad.

Horas después, una nueva tarde comienza a caer en el bosque. Los esposos y Carmen deciden caminar un poco más, la Colina está a unos cuantos kilómetros, ya pronto se reunirán con María.

—Te prometo que todo estará bien, muy pronto estaremos juntos como antes. Dejaré de ser ese egocéntrico en el que me convertí, tus triunfos serán los míos —le expresa Daniel a su esposa durante la caminata.

Ella no responde y se limita a tomarlo por el brazo, mientras inclina la cabeza sobre el hombro de su esposo. Por su parte, Carmen los sigue de cerca, está muy feliz de ver recuperada la relación de los Dante, ahora entiende que no fue en vano su sacrificio, ponerlos a prueba ha dado sus frutos.

A medida que recorren el bosque, este cambia su aspecto. Cuando

empezaron la travesía el camino era árido, con pinos que dejaban caer sus ramas secas y se mostraba algo sombrío, luego la vegetación comenzó a cambiar y empezaron a encontrar unos árboles altos frondosos y verdes prados, pero al terminar van notando cómo ya la hierba queda atrás y el paisaje se torna rocoso. Los árboles dejaron de ser tupidos, ahora ven un panorama desértico, el color gris del bosque hace juego con la cabaña en la colina y al avanzar lo que pueden divisar son troncos secos y algunos cactus. Aun así, ver la colina tan cerca los embargaba de felicidad y de esperanza por reunirse con su hija y volver, por eso deciden que ese día llegarán a la cabaña.

Paso a paso se van acercando a su destino, a unos metros pueden ver la colina cuya entrada aún está cubierta por una cúspide, la cual deben superar. Al avanzar observan que subir aquel pináculo es fácil a pesar de lo rocoso del camino. Daniel va adelante liderando la caminata que cierra Carmen. El hombre se nota ansioso, por eso apresura el paso para subir cuanto antes aquella cima de donde podrá divisar a plenitud la colina; está temeroso por lo que pueda encontrar en la cabaña, pensar si de verdad allí está su hija alimenta más su ansiedad. Por su parte, Helena está convencida de que la encontrarán y de que será cuestión de horas para volver.

El paso es detenido de repente por Daniel, que mira estupefacto el nuevo panorama. Las mujeres ven que se detiene, pero no alcanzan a preguntarle el por qué, pues justo en ese instante ven cómo al bajar la cima que se torna arenosa, los espera un abismo. Se desconoce la profundidad, mirar hacia abajo es adentrarse al más oscuro agujero negro; pareciera la puerta a otra dimensión.

Alrededor se acaba cualquier paisaje, la luz es muy tenue, llegar hasta el sitio es como adentrarse al anochecer donde puedes ver solo a unos pocos metros, los rayos de sol no se detienen allí y se proyectan solo sobre la cabaña. El ambiente es tenebroso, lo único que conecta el final de la cima con la colina es un viejo puente deteriorado por la humedad, está suspendido de unas antiguas y gruesas sogas sostenidas a unos aros de hierro enterrados a cada lado del puente, que no le auguran mucho tiempo en pie. El puente está cubierto de arena a causa del viento, el piso son trozos de madera, algunos tramos ya no existen, han caído por el abandono del lugar, y unas delgadas líneas hacen la labor de pasamanos, estas tampoco dan seguridad. Su travesía es de unos doce metros aproximadamente, pero por su arquitectura es inestable y caminarlo implica un gran riesgo.

—Debemos continuar —indica Daniel.

Las mujeres asienten sin mediar más palabra y empiezan a descender hacia el puente. Caminando ahora sobre arena, sus pies se hunden, por momentos es accidentado avanzar, resbalan, tropiezan; es

complicado, pero puede más su ambición de llegar a la cabaña.

Después de un rato llegan al pequeño espacio plano que existe antes de empezar a caminar por el puente. Observan la estructura, reconocen que es peligroso tratar de atravesarlo, caer al vacío significa el final. Temen lo que pueda suceder con ellos si no logran cruzar hacia la colina.

—El puente se ve débil, no creo que sea seguro cruzar los tres al mismo tiempo—. Daniel es el primero en analizar la situación.

—Tengo miedo —replica Helena. El eco de la voz se pierde en el profundo vacío que separa las montañas.

—Lo vamos a lograr, confía en mí. Vamos a encontrar a nuestra hija y a volver—. Daniel abraza una vez más a su esposa y con sus manos acaricia el rostro de Helena.

—Prométeme que, si algo sucede, encontrarás a nuestra hija— replica Helena al tomar las manos de Daniel con delicadeza.

Daniel acerca sus labios y besa la boca de su esposa, y al alejarse contesta:

—Claro que sí, amor, la vamos a encontrar y volveremos.

Carmen también está presa del pánico, mira a su alrededor para ver si sus padres o su abuela están cerca para que le den un pronóstico de lo que puede suceder, pero esta vez ninguno se hace visible. Entonces la nana toma una decisión importante para todos.

—Yo seré la primera en cruzar el puente, si resiste mi peso, también soportará el de ustedes.

—¿Estás segura? —pregunta Daniel.

—Sí —responde la nana y agrega—: he venido con ustedes por María y quiero que sean la familia feliz que siempre soñaron.

Los esposos abrazan a Carmen y agradecen que se arriesgue por ellos. Daniel le da unas indicaciones de precaución y luego la mujer se llena de valor para empezar la travesía. Se adentra en el puente mientras el hombre insiste en seguir dando instrucciones.

—¡Sujétate fuerte de las cuerdas de los lados! —grita Daniel—. No des totalmente el siguiente paso si no has comprobado cómo está el piso, se puede romper.

Carmen sigue al pie de la letra lo que el señor le dice, paso a paso está llegando a la mitad del puente. Ha superado espacios que dejó la caída de algunos maderos entre peldaño y peldaño, y camina muy lento.

El tiempo es eterno para todos. Carmen se encuentra muy asustada y los esposos ansiosos de lo que pueda pasar con ella. El puente se mueve suave de lado a lado con cada paso de la mujer, pero ya ella

casi llega al final, siendo la primera en atravesar la estructura, falta poco para lograrlo. Carmen levanta su pie derecho y lo coloca en el siguiente pedazo de madera y ejerce presión para saber si este resiste su peso y, como le da seguridad, se afianza en él, pero de repente este se parte desestabilizándola y cae sobre el puente. Un grito de terror emitido por la nana irrumpe el silencio del lugar. Su pierna derecha está totalmente en el aire y el resto de su cuerpo aún sigue sobre el piso, esto la aterra. Los Dante, inmersos en pánico por lo que pudo pasarle, de inmediato le gritan:

— ¡¿Estás bien?! Vamos a ayudarte.

Pero Carmen, con voz nerviosa, les pide que continúen allí, ella sola intentará incorporarse. Primero inclina su rodilla izquierda sobre el madero, que aún la sostiene, ha estado muy cerca de caer, y realiza un movimiento brusco levantándose de inmediato y abalanzándose en la cuerda izquierda para lograr estabilidad. Por suerte, el puente resiste este último intento. Ya una vez de pie termina de dar los pasos que le faltan para estar en tierra firme.

—¡Lo logré! —les dice Carmen desde el otro lado.

Los esposos se abrazan celebrando la hazaña de la mujer. Helena le pide a Daniel ser la siguiente; él no está muy seguro de la petición, pero sabe que es más fácil avanzar sobre ella y auxiliarla si algo sale mal, mientras del otro lado ya hay otra persona que también puede ayudar en caso de un impase antes de terminar de atravesar el obstáculo, pues ya vio lo sucedido con Carmen.

—Está bien, sigue tú, yo estaré pendiente si necesitas mi ayuda. Te amo, Helena. Por nuestra hija —concluye Daniel.

—Por Nuestra hija —responde Helena.

Los esposos se besan en señal de una corta despedida, pues dentro de unos minutos estarán todos juntos al otro lado del puente. Luego Helena comienza a caminar y Daniel a emitir las mismas instrucciones que dio a la nana. El puente sigue moviéndose de lado a lado con cada paso de la mujer, pero hasta ahora ella va pisando firme, de hecho, es un poco más ágil que Carmen y pronto está casi en la mitad.

Helena continúa con cuidado el riesgoso camino. Ahora levanta su pie izquierdo y lo coloca en el siguiente peldaño para constatar la resistencia del madero, pero su pie derecho le juega una mala pasada y resbala con la arena que el viento ha puesto en el camino y desestabilizada se suelta de las cuerdas y cae de costado al piso, que no resiste el golpe y se parte. Algunos pedazos de madera caen al vacío y Helena ágilmente logra sujetarse con las dos manos de la soga del lado derecho que sirve como travesaño a los pasos del puente. Su cuerpo está suspendido en el aire.

Daniel siente como si el mundo le cayera encima, por un momento da por perdida a su esposa. Sin mediar palabra va en su ayuda, Helena está a un poco menos de la mitad del pasadero hacia el lado de Daniel.

El esposo sabe que debe moverse sin demora, pero con seguridad, la vida de la mujer depende de ello. Se aferra bien a las cuerdas que sirven como pasamanos y rápidamente prueba cada pisada que va a dar, pero se da cuenta de que al intentar moverse ágilmente zarandea también el puente y esto le produce problemas a Helena.

—¡Ayúdame, Daniel, no puedo soportar mucho tiempo! —grita Helena horrorizada en medio del llanto.

Daniel no pronuncia palabra, está concentrado en llegar en el menor tiempo a su esposa. Quien le da ánimo es Carmen, que ahora es la que espera ansiosa que todo salga bien.

—¡Por favor, señora, resista! ¡Su esposo ya se encuentra a pocos metros, todo va a salir bien! —le grita la nana.

Helena siente que sus manos comienzan a entumecerse y es cuestión de segundos para que se vea obligada a soltar la soga. Daniel logra avanzar hasta ella, está a un metro de distancia, pero se encuentra con un impedimento, ya no hay maderos entre su esposa y él. La caída de Helena ha destrozado el piso que servía como soporte.

Daniel, en un acto acróbata, coge con las dos manos la línea derecha que hace las veces de pasamanos y camina sobre la soga de la que se sostiene Helena para tratar de llegar a ella. En tanto, su esposa comienza a perder la fuerza en las manos, las cuales se deslizan de la soga hasta hacerla quedar suspendida de las falanges.

—Es el final, no resisto más —exclama con desconsuelo Helena.

Daniel ya está al lado de la mujer; con la mano izquierda se sostiene de la cuerda y con la derecha trata de sujetar el brazo de su esposa. En ese momento Helena pierde la fuerza en sus dedos dejándose caer.

Como la prueba del agua, la agilidad de uno era la salvación para el otro. Helena cierra sus ojos para caer al enorme vacío, cuando siente cómo su esposo la alcanza a tomar por el brazo. De inmediato la mujer también se aferra a su esposo, ahora ambos deben luchar para aguantar sus pesos expuestos a la gravedad.

—Te tengo —le dice Daniel.

La esperanza regresa a Carmen y los Dante, que daban por perdida esa batalla. El hombre le dice a su esposa que intente apoyarse en su brazo para alcanzar de nuevo la soga y que ya con dos puntos de soporte él intentará ayudarla a subir. Daniel hace su máximo esfuerzo para subir a Helena, quien falla su primer intento de alcanzar la soga.

—Voy a reponerme y lo haremos de nuevo. Cuando estés cerca de la soga tómala con una mano y con la otra sujétate a mi brazo, no debes

dudar.

Una vez más Daniel levanta a Helena, que por fin logra tomar la cuerda. Al otro lado del puente está, entre tanto, Carmen desesperada porque todo este evento termine de la mejor manera y lo más pronto posible.

Helena ahora depende de la soga y de su esposo. El hombre hace un nuevo esfuerzo para colocarla en pie y, a su vez ambos, queden sobre la cuerda para así deslizarse hasta el piso del averiado puente. Después de un rato lo logra y la mujer es impulsada por su esposo al mismo tiempo que con sus manos se sujeta a las piernas del hombre y va logrando tomar una posición más cómoda sobre la cuerda de la que dependen.

En ocasiones es necesario perder y eso no significa el fracaso. Lo que los esposos han vivido hasta el momento les ha ayudado a madurar y cimentar su matrimonio que pendía de un delgado hilo como las cuerdas que los sostienen.

Ya en pie unen sus frentes con la emoción de haber logrado lo inimaginable. Se dan un corto pero apasionado beso que los devuelve a la vida.

—Pensé que te perdía para siempre —dice Daniel.

—Gracias por venir por mí —responde Helena.

—Vamos, amor, debes seguir deslizando tus pies sobre la cuerda, debemos buscar piso firme y ponernos a salvo —indica Daniel.

Así comienzan a caminar por la soga, sostenidos de la línea pasamanos. La cuerda se ha maltratado por los eventos y comienza a ceder, por lo que el puente comienza a moverse.

—Daniel, la soga está a punto de reventarse, no soportará el peso de los dos —afirma atemorizada Helena.

—Camina más rápido —responde desesperado Daniel, que también se había percatado de la situación, pero prefirió guardar silencio para no causar más temor a su esposa.

De repente los esposos ven como la soga comienza a perder varios hilos a sus pies. No queda mucho tiempo, es necesario tomar una decisión.

—¡Detente! —grita Daniel e indica—. Helena, escúchame muy bien, me voy a quedar quieto para no hacer más resistencia a la soga. Debes caminar y lograr llegar al otro lado, una vez llegues yo intentaré seguir cruzando.

Helena es consciente de que si sigue el camino tal vez logrará pasar al otro lado, pero en cualquier momento la cuerda se reventará y su esposo caerá. Agacha la cabeza y deja salir unas lágrimas, mira a su

esposo fijamente.

—No sé cuál sea el destino, no sé qué sucede una vez caes al vacío, lo que sí sé es que me juré a mí misma devolver a mi hija a la vida, me juré cuidarte y protegerte, amarte hasta que la muerte nos separe. Hoy, amor, me voy sin egoísmos, sin rencores, dichosa de haber vuelto a ser tu novia y con la esperanza de que saldrán de aquí y alcanzarán la felicidad que en algún momento nos robamos. Por favor háblale a la niña de mí y del amor que les profesé. Te amo.

Helena termina sus palabras, cierra sus ojos y con seguridad se deja caer al vacío. Carmen y Daniel lanzan un unísono "¡nooooo!". En ese momento el hombre alcanza a observar el rostro de su esposa, que expresa devoción y entrega, y sigue con la mirada el cuerpo de Helena hasta que se pierde en la oscuridad del profundo abismo.

Carmen cae de rodillas, no puede creer lo que ha sucedido. Es inevitable llorar, en su pecho siente una presión, un cúmulo de emociones la embarga; tristeza, frustración, rabia, desesperanza. Una sola idea cruzaba su pensamiento: de nuevo el bosque le ha fallado.

Daniel, quien aún se encuentra en riesgo, se lamenta una y otra vez, siente el impulso de dejarse caer, ir tras su esposa y terminar con todo aquel suplicio. Se recrimina y llora amargamente.

—¿Por qué no lo discutimos?, ¿por qué decidiste por los dos? Todo es mi culpa ¡¿Por quéééé?! Ahora que sé cuánto significas en mi vida.

El hombre se queda concentrado mirando hacia el vacío, la situación deja leer cuál es su intención, así que cuando Carmen intuye que Daniel también quiere correr la suerte de su esposa, todavía de rodillas le suplica al hombre:

—No lo haga, señor, por su esposa y por su hija, no lo haga. Ella tomó esa decisión por salvarlo, se fue con la esperanza de que usted encuentre a María. La vida no termina aquí, debemos seguir en honor a ella, la niña no se merece que los padres tengan la oportunidad de devolverla a la vida y la desaprovechen.

Esas palabras hacen que el hombre recapacite. Estaba ciego por el dolor de perder a su esposa, pero ha vuelto a ver la realidad con objetividad.

—¿Qué voy a hacer sin ella? ¿Cómo voy a criar mi hija solo? —dice Daniel en medio del llanto.

—Sé que es difícil, señor —Carmen responde de inmediato—, pero los amo como a mi familia. Yo acabo de perder a una hija y no quiero perder a mi hijo, yo estaré apoyándolo, ahora es mi misión no dejarlos solos, venga termine de cruzar el puente.

La soga ha dejado de reventarse, puede resistir solo el peso de Daniel que comienza a deslizarse. En medio de su tristeza avanza y muy

lentamente logra llegar al piso del puente, así que más seguro sigue caminando. Un par de peldaños se parten a su paso, pero él logra superarlos. Algunos metros lo separan de Carmen.

—¡Vamos, ya casi lo logra! Ya la pesadilla se va a terminar —le grita Carmen.

La nana no puede dejar de sentirse culpable por lo ocurrido, espera con ansias que Daniel se ponga a salvo y llegar juntos hasta María. Se reprocha por colocar sus nombres en la roca y piensa que en ocasiones es mejor que el río siga su cauce.

Los pensamientos de Carmen son interrumpidos por un susurro.

—Hija.

Oye un llamado, mira a su alrededor, pero no logra ver a nadie. Por el tono de voz sabe que se trata de Leonardo, su padre.

—No puedes verme, porque ya nos hemos despedido —continúa hablando el hombre—. Recuerda, en el bosque hay reglas. Solo escúchame, seca tus lágrimas y perdónate, Helena tenía que partir, recuerda que el libro de la vida también escribe nuestros nombres, no eres culpable, el momento de cruzar la línea había llegado, el bosque la ha reclamado y en ocasiones hay que morir para volver a vivir.

—Te amo, papá. Gracias —murmura Carmen.

La voz no se vuelve a escuchar, sabe que era un corto mensaje para devolverle una parte de tranquilidad, por eso no pregunta nada más, para que Daniel no se entere de ese cercano encuentro. Él, en tanto, por fin está en tierra firme, así que Carmen se levanta del piso y se funden en un abrazo de solidaridad y compasión.

—¿Está listo para ver a su hija? —pregunta Carmen.

—Claro que sí —responde Daniel. —Vamos por María y volvamos a casa.

Los dos reanudan su caminar, el sendero vuelve a ser rocoso y el sol ya comienza a caer. Los dos observan uno de los atardeceres más hermosos que jamás han imaginado ver, el cielo es ahora rojo y desde donde están pueden observar la inmensidad del bosque que hace un juego de colores entre el verde de la vegetación y el naranja que da la proyección de la luz, las nubes hacen miles de figuras entre su color rojizo. Contemplar aquel lugar era un espectáculo.

—Te quedas en un lugar hermoso amor —exclama Daniel mirando su anillo de matrimonio mientras se acerca a la cabaña y se aleja del puente.

Al seguir avanzando, por la mente de Carmen y Daniel pasan muchos episodios de sus vidas, algunos agradables y otros no tanto. Estar en ese lugar los lleva a reflexionar sobre lo malo y a agradecer por lo

bueno.

En el caso del resignado hombre, cruza por su cabeza su matrimonio con Helena, lo feliz que fueron al llegar a sus vidas su hija, los planes que hicieron y cada triunfo logrado. Pero, igualmente, hay un resumen de los altibajos de su relación, la forma en la que trataba a Helena cuando discutían y su proceso de divorcio; se dio cuenta de sus errores, sus infidelidades y sus defectos, que lo alejaron hasta el punto de querer separarse. Por cada falla pide perdón a su esposa anhelando que lo escuche desde donde esté.

Sumergidos en sus pensamientos y distraídos con el atardecer, no se dieron cuenta de todo lo que estuvieron recorriendo y de lo cerca que están de la cabaña.

—Es aquí —oyen decir.

De frente tienen el lugar al que han deseado tanto llegar. Al lado de la puerta está Concepción, que es quien les ha hablado. Al verla a Carmen le regresa un brillo en sus ojos, pues el bosque le concede la oportunidad de volver a ver a su abuela y de despedirse de ella. Daniel, por su parte, también siente alegría de ver a la mujer, está intrigado de lo que tiene por decir, sabe que cada encuentro con ella es una guía para lograr su objetivo.

Carmen se acerca a su abuela y le toma de la mano, el hombre espera de frente a ellas. Concepción lo mira fijamente y le expresa.

—Daniel, has seguido mis instrucciones y has llegado hasta aquí. Tu esposa, al igual que Leonardo, se sacrificó por ustedes, y en este lugar el sacrificio tiene recompensas. Tu esposa cruzó la línea, por eso podrás abrir la puerta, abrazar a tu hija y volver a casa.

—¿Dónde está Helena? —pregunta Daniel.

Concepción sonríe, lo mira con cariño y responde.

—Hijo, hay respuestas que no me es permitido dar, solo puedo decirte que ella está feliz de que lo hayas logrado. Te ama y espera que algún día pueda volver a reunirse contigo.

—Si puedes hablarle, dile que esperaré ese día con todas mis fuerzas —pronuncia Daniel con voz temblorosa mientras deja caer unas lágrimas por su mejilla.

La mujer prosigue, lo que dirá a continuación sorprenderá mucho a Daniel.

—El bosque los ha puesto a prueba, doblegando cada defecto y llevándose esa carga. El tornado se ha deshecho del egoísmo; el torrente, del orgullo; la bestia, de la duda, y el puente ha consolidado su aprendizaje en perdón y sacrificio. Tu alma ahora es oro, Daniel, sé que a donde vayas brindarás lo mejor de ti.

Él queda atónito con ese mensaje. Todas las pruebas han significado un cambio; es consciente de que ahora es una persona totalmente diferente de la que entró al bosque. Asiente entonces con la cabeza, se acerca a Concepción, toma su mano y la besa en demostración de humildad y agradecimiento. Ella seca las lágrimas del hombre y lo abraza junto con su nieta, a su vez se dirige a Carmen.

—Hija, eres una mujer muy valiente, tienes la sabiduría de tu padre. Ahora debes regresar, Magdalena te necesita. Recuerda que siempre estaré a tu lado.

—Gracias, abuela, gracias por lo que has hecho por mí —responde estremecida por el momento.

La abuela les da una última instrucción mientras sigue junto a ellos. —Recuerden, al atravesar la puerta, cuando abracen a María estarán del otro lado de la línea.

La anciana comienza a desvanecerse, va desapareciendo mientras los abraza con mayor fuerza y a los pocos segundos Daniel y Carmen ya no pueden sentirla. La nana llora el último adiós de su abuela y luego toma a Daniel por la mano y lo conduce hasta la puerta de la cabaña.

—Es hora —le dice.

Daniel se muestra atemorizado de lo que pueda encontrar tras la puerta, pero juntos comienzan a abrir lentamente la entrada.

EL REENCUENTRO

La primera en ver el hermoso paisaje es Carmen, todo está tal como lo recuerda. No hay montañas, es una llanura con un tendido de hermosas flores de todos los tipos y colores, prados verdes, árboles, mariposas, aves y riachuelos de agua cristalina; el firmamento es azul y se une a lo lejos con la variedad de colores de las flores, y el sol que se escondió tras la puerta ahora iluminaba el jardín. Es un sitio fantástico que emite paz y tranquilidad, es muy difícil querer irse del paraíso. Los dos están extasiados de contemplar el hermoso lugar, es como atravesar a otra dimensión, algo muy distinto al terreno que estuvieron recorriendo antes.

Ya estando del otro lado, Carmen cierra el gris panorama del bosque, la puerta se confunde entre los hermosos jardines y desaparece como si nunca hubiese existido. Toda la experiencia es sorprendente y la armonía del edén hace olvidar a Daniel de lo ocurrido, divisar ese panorama es un sorbo de júbilo. Pero, de repente, la atención del hombre es dirigida a otro punto del lugar.

—Papito —escucha decir en una tierna voz.

Es María, luce hermosa; viste de blanco y lleva puesta una corona de flores. Emite la pureza y la inocencia que caracterizan a un niño. Daniel, al verla, se abalanza sobre ella y llora de la emoción de volver a verla, luego se arrodilla, la abraza y la besa como si no hubiese un mañana.

—Qué falta me has hecho, hija. No me separaré más de ti. Te amo, pequeña.

La niña corresponde a las caricias y al abrazo de su padre, irradia felicidad de volver a ver a él y a su nana. Carmen se espera un momento antes de abrazarla, reconoce que es un momento muy familiar, un instante esperado por el hombre y después de unos instantes se acerca y le da un beso en la frente a la niña.

—Señor, es hora de regresar —le indica Carmen.

Los tres están de pie, ahora admirando aquel paraíso que ha sido el lugar de espera de María por tres días.

—Mira, papi, ellos me cuidaron durante este tiempo, mientras tú llegabas por mí —dice la niña señalando a lo lejos a tres personas que se pierden entre el fascinante jardín.

Daniel está perplejo al ver las tres siluetas, una de ellas parece ser una mujer. El hombre carga a la niña y le interroga:

—¿Sabes quiénes eran, amor?

La niña sonríe y sin titubear responde.

—Ellos son mis abuelitos, papá, me contaron que eran tus padres, y el otro señor es el papá de mamá. Ellos me dijeron que vendrías por mí y que mamá esperaría por nosotros.

Daniel, con un nudo en la garganta y en medio de lágrimas por lo que había escuchado, mira compasivamente a María y piensa "pobre mi pequeña sin su mamá". Entiende que es muy niña para comprender lo que está sucediendo, ya llegará el día de explicarle todo lo acontecido.

—Volvamos a casa —replica Daniel abrazando con fuerza a su hija.

La Nana se acerca a ellos y se une al abrazo. En ese momento una luz comienza a envolverlos y les roba las energías, sienten demasiado agotamiento, tanto que desfallecen, sus párpados se tornan pesados y sus ojos se cierran lentamente. Lo último que ven es una luz intensa que los invita a caer en el sueño más profundo.

Daniel va intentando despertar, es difícil saber cuánto tiempo ha transcurrido, el espacio y tiempo entre dimensiones es incomprensible, un verdadero misterio. Al fondo se oye algunas voces y un ruido de un pitido constante, abre sus ojos y siente la molestia de la claridad del lugar. Lentamente mira a su alrededor, se encuentra confundido, está acostado en una cama con sábanas blancas y a su lado hay un monitor de signos vitales, un atril que sostiene una bolsa de líquidos que entran en su cuerpo y al lado derecho de la pared un ventanal que deja pasar la luz solar. En frente descubre a dos médicos y a una enfermera que hacen un gesto de satisfacción.

—Hola, ¿sabes cuál es tu nombre? —pregunta uno de los médicos mientras examina sus pupilas.

—Sí —responde—, mi nombre es Daniel.

El mismo hombre le pregunta por su edad y por otros datos concernientes a su vida, con el fin de constatar que no haya pérdida de memoria.

—¿Sabes qué te sucedió? —continúa preguntando.

—Un accidente —responde y comienza a inquietarse—. ¿Dónde están mi esposa y mi hija?

—Cálmese o tendremos que sedarlo —dice admirado uno de los doctores y continúa—. Tu hija está en el piso quinto de pediatría, es una niña muy fuerte, casualmente hace unos minutos ha despertado.

El médico se acerca a Daniel, se apoya en la baranda de la cama y sigue hablando.

—Tú esposa, Daniel, es algo difícil de explicar. —Guarda silencio y hace un gesto a la enfermera para que salga de la habitación.

Daniel ha entendido todo y comienza a llorar.

—¿Cuánto tiempo he estado dormido?, ¿aún está su cuerpo?, ¿puedo verla?, ¿ya han hecho su funeral? —replica desconsolado.

—No sé de qué hablas —responde el hombre asombrado con la conducta de Daniel—. Los tres sufrieron fuertes golpes en la cabeza que los dejaron sumidos en un coma, por lo cual no pensamos que fueran a despertar tan pronto, pero la evolución y la recuperación han sido aceptables en los tres. Lo difícil de explicar es que tu esposa, a pesar de ser la más delicada del accidente, despertó hace un día. Los estudios hechos no muestran traumas ni complicaciones y desde entonces ha pedido estar cerca de ti.

Los ojos de Daniel se abren con un brillo de esperanza, la enfermera entra a la habitación trayendo consigo en una silla de ruedas a Helena. El hombre mira a su esposa incrédulo, no pensó volver a verla con vida, quiere abalanzarse, abrazarla, demostrarle todo el amor que siente, pero su condición no se lo permite en ese momento. Ella se levanta con ayuda de la enfermera de la silla, los médicos se apartan de la cama y los esposos, invadidos de una fuerte emoción, se besan.

—Gracias por lo que hiciste —dice él.

—Gracias por volver —le murmura ella.

—No volveré a separarme de ustedes, las amo con toda mi fuerza —musita Daniel.

Helena acaricia el rostro de su esposo, aún impactado de tenerla a su lado.

—¿Ves cómo el sacrificio es bien recompensado? —dice Helena.

Daniel comienza a hacer un retroceso en lo sucedido en el bosque, luego de que Helena cayera al vacío. Recuerda que Concepción dijo que ella había cruzado la línea, pero no especificó cuál. También los abuelos dijeron a la niña que Helena los esperaría, pero no puntualizaron dónde y Concepción afirmaba que los sacrificios en el bosque eran bien recompensados. Todo cobraba sentido para el hombre, siempre le dijeron que su esposa vivía, pero el dolor no lo dejó dilucidar.

Uno de los doctores fija su mirada en las manos de los esposos e interrumpe el momento.

—No sé quién permitió que ustedes usaran sus argollas, mientras estén internos no pueden tenerlas puestas. ¿Cómo es que las tienen si estaban guardadas en los objetos para entrega a familiares de pacientes?

Los esposos sonríen.

—Le prometo que se las daremos a mi madre en cuanto nos encontremos con ella —responde Helena.

El médico recoge los hombros y sigue hablando.

—Parece que hoy ha sido un día extraño, padre e hija despiertan de un coma y me acaban de informar que una señora que fue traída desde el pueblo de Santa Ana a este hospital por un preinfarto acaba de despertar, pregunta por ustedes y dice que los conoce, que es su nana. Su acompañante, una anciana mujer de nombre Magdalena, también lo confirma. ¿Las conocen?

Los cómplices esposos vuelven a sonreír, Carmen también está de vuelta.

—Así es, ella es nuestra nana —responden.

A tres habitaciones están Carmen y Magdalena. La tía vigila de cerca a su sobrina, como se lo prometió, no se separó un solo momento de su lado.

—Lo lograste, ellos están bien, eres muy valiente, pero me hiciste sufrir, no sabía si volverías —afirma Magdalena.

—A pesar de toda la angustia vivida en el bosque, fue hermoso regresar —dice Carmen sonriendo y pregunta—. ¿Guardaste la piedra?

Magdalena acaricia la cabeza de su sobrina y responde:

—Creo que no la volverás a ver en tu vida, hija. En ocasiones es mejor que el río siga su cauce.

Carmen sonríe de nuevo al escuchar las palabras de su tía que fueron suyas en algún momento.

LA RECOMPENSA

Un año y medio ha transcurrido desde el accidente. Los Dante pusieron en venta su amplia casa, se mudaron a Santa Ana, cerca de la tía Magdalena, y Daniel ha creado su propia empresa de la cual Helena es socia. Como apenas están iniciando, los dividendos son pocos, pero alcanzan para vivir, están seguros de que crecerán rápidamente, pues Daniel es hábil en los negocios y ahora tiene la ayuda de su esposa, a quien orienta y ella se permite seguir aprendiendo.

Ahora su casa es más pequeña, los espacios son los requeridos y no sobra una cantidad enorme de dormitorios. Tienen un jardín pequeño que emula el que Daniel recuerda y el comedor solo tiene cuatro puestos, pero ese día no van a comer allí, han extendido un mantel en el jardín para almorzar. Carmen corre a servir los platos y Magdalena le ayuda, está invitada a tomar los alimentos con los Dante y no puede evitar ayudar a su sobrina. La pequeña María, entre tanto, corre de un lado para otro jugando con una improvisada cometa y Daniel, sentado a un costado del mantel, abraza a su esposa y acaricia el estómago de Helena, que ahora alberga una nueva vida de seis meses de gestación.

Mientras ven a su hija correr por el jardín, ambos en sus pensamientos recuerdan lo que imaginaron que podía ser cuando su matrimonio estaba a punto de terminar.

Magdalena y Carmen detienen un momento sus quehaceres para contemplar lo que ha logrado la fuerza del bosque. Los Dante han llegado al final para iniciar un camino renovado en que también habrá obstáculos y altibajos, pero ahora tienen la fortaleza para superarlos.

En un oscuro rincón del desván de la casa de Magdalena la extraña piedra se ilumina y vuelve a apagarse resaltando los nombres de Carmen y los Dante como muestra de su triunfo sobre el bosque.

Tú vives en ese bosque que se llama existencia y mientras llegas a la cabaña que simboliza al fin de tus días, paseas varios de sus diferentes lugares, de pinos altos o verdes árboles. Algunos lugares se llaman hogar, empleo, estudio y en ese camino has superado varios tornados, ríos, bestias salvajes y puentes, que son los obstáculos que te da la vida, problemas o circunstancias que te enseñan a doblegar el orgullo, trayendo humildad consigo. Cada caída es un aprendizaje y no todo es malo, al igual que ellos has divisado el hermoso jardín representado en triunfos, logros o momentos maravillosos que te llenan de gozo.

Si no lo sabes aún, este es el momento para que aprendas a valorar las personas a tu alrededor. Hoy puede ser el último día, no renuncies a tus sueños, ama, perdona, levántate, continúa, insiste una vez más

que lo vas a lograr, y sigue adelante sin darte por vencido, superando las dificultades que te presenta la fuerza del bosque.